

14 R  
285

# Páginas sueltas

POR

D. Manuel E. Cortés

PREBÍTERO

Cura párroco de Vallehermoso

(CON LICENCIA)



1915

SANTA CRUZ DE TENERIFE  
LIBRERIA Y TIPOGRAFIA CATÓLICA  
SAN FRANCISCO, 7





PÁGINAS SUeltas

PÁGINAS SUELTAS

# Páginas sueltas

INTRODUCCION

POR

D. Manuel E. Cortés

FRESBITERO

Cura párroco de Vallehermoso

(CON LICENCIA)



1915

SANTA CRUZ DE TENERIFE  
LIBRERIA Y TIPOGRAFIA CATÓLICA  
SAN FRANCISCO, 7

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA  
BIBLIOTECA  
C<sup>o</sup> 13  
F<sup>o</sup> 35

6605040929

# Páginas sueltas

por

P. Manuel E. Cortés

PREMIADO

Curs pároco de Valhermoso

(CON LICENCIA)



1912

SANTA CRUZ DE TENERIFE  
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA  
SAN FRANCISCO, 1

# INTRODUCCIÓN



Así llamo a éstas que durante algunos años y en mis horas muertas han salido de mi tosca pluma para llenar algunas columnas de los periódicos que comulgaban en mis ideas y sostenían los mismos principios. Al examinarlas hoy y repasar lo que ayer escribiera, oí una voz, que ignoro si sería amiga o enemiga, que decía: «¿Por qué no reunes todas estas páginas que tienes sueltas y tan buenos recuerdos e impresiones conservan de tu vida y formas con ellas un tomo aunque pequeño? ¿No se alegra el padre en su ancianidad de tener junto a sí a los hijos que la suerte o el deber tuvo por algunos años alejados de sí?...»

Ahí pues las tienes, lector amigo. Si tu paciencia es tanta que llegas a hojear y leer alguna de ellas, te advierto que nada nuevo hallarás, a no ser el fiel retrato de las impresiones que en mi vida, como cualquier otro, he sentido. Ni quiero reunir más por no hacerte fastidiosa su lectura, ya que si algún interés tienen es solamente para el que en sus horas de soledad, que llamo muertas, tuvo la franqueza y no sé si diga la osadía de escribirlas.

Vallehermoso, Mayo de 1915.

# INTRODUCCIÓN

Así llamo a estas que durante algunos años y en mis horas muertas han salido de mi tosca pluma para llevar algunas columnas de los periódicos que compilaban en mis ideas y sostenían los mismos principios. Al examinarlas hoy y repasar lo que ayer escribiera, de una voz, que ignoro si sería amiga o enemiga, que decía: «Por qué no tengas todas estas páginas que tienes sueltas y tan pocas recuerdos e impresiones conservan de tu vida y formas con ellas un tomo aunque peduño». No se aleja el padre en su ancianidad de tener junto a sí a los hijos que la suerte o el deber tuvo por algunos años alejados de sí...»

Así pues las tienes, lector amigo. Si tu paciencia es tanta que llegas a hojear y leer alguna de ellas, te advierto que nada nuevo hallarás, a no ser el reflejo de las impresiones que en mí vivían como cualquier otro, he sentido. Ni quiero repetir más por no hacerte fastidiosa su lectura, ya que si algún interés tienen es solamente para el que en sus horas de soledad, que llamo muertas, tuvo la franqueza y no se si dió la osadía de escribir.

# UN RECUERDO

(Dedicado a Miss E. Ferris)

Quisiera a obscurar. En el seno de la Iglesia católica he visto a los sacerdotes y los religiosos, dadas sus condiciones y circunstancias, se agitan a regresar a sus hogares, a sus familias, a sus amigos, a sus amigos.

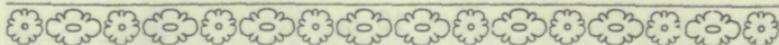
## LÍRICAS

Salí como de un mundo que me rodea por la vida ya en el momento en que me voy a dormir. No sé que mundo es el que me rodea, pero sé que me voy a dormir. No sé que mundo es el que me rodea, pero sé que me voy a dormir. No sé que mundo es el que me rodea, pero sé que me voy a dormir.

En el mundo que me rodea, sé que me voy a dormir. No sé que mundo es el que me rodea, pero sé que me voy a dormir. No sé que mundo es el que me rodea, pero sé que me voy a dormir.

La vida que me rodea, sé que me voy a dormir. No sé que mundo es el que me rodea, pero sé que me voy a dormir. No sé que mundo es el que me rodea, pero sé que me voy a dormir.

LIRICAS



## UN RECUERDO

(Dedicado a Miss. H. Perrín)

Empezaba a obscurecer. En la torre de la Iglesia parroquial había sonado el Angelus, y los hombres, dejadas sus cotidianas y laboriosas faenas, se apresuraban a regresar a sus hogares, ávidos de descanso y familiares emociones.

Salí, como de costumbre, a dar un paseo por la playa en el momento en que la noche empezaba a tender su negruzco y sombrío manto. No sé que encanto tiene el mar; a mí siempre me atrae ya entone altivo y soberbio el canto del temporal, con sus encrespadas y embravecidas olas, ya simule con su apacible y suave rumor la tierna canción de la madre al arrullar dentro sus brazos al hijo de su amor.

Es que el mar, con esa eterna quietud y ese lamento que nunca acaba, esas revoluciones bruscas y esos insensatos furoros contra las rocas inmovibles; esa vasta soledad y solemne monotonía, entona perpetuamente a Dios el himno de su inmutabilidad, inmensidad y eternidad...

La noche era de luna clara y hermosa, el mar estaba tranquilo y sus aguas parecían dormidas como las de un lago rielando sobre ellas la luna su pálida luz. Atraído por aquella apacible y tranquila noche de verano, avancé hasta llegar al pequeño y rústico cementerio abandonado en la misma playa.

Su aspecto en aquellas horas de miedosa quietud, era triste y solemne; sus paredes vestidas de muzgo y heridas por los pálidos rayos de la luna, sus negras cruces diseminadas y en desorden, sus lápidas iluminadas fantásticamente unas, en tinieblas otras, y sus contados y erguidos cipreces, le daban en aquellas horas de melancólica quietud unos tintes sombríos como los que dan al obscurecer las arcadas de un claustro gótico.

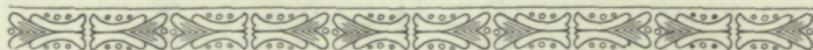
En tal sepulcral silencio, interrumpido solamente por el suave ruido que hacían las olas al besar, humildes, la menuda arena, percibí un suspiro débil y ligero parecido al gemido de un arpa eólica.

Fijé los ojos, y abrazada a una tosca cruz de madera que ostentaba un nombre y un pequeño ramo de frescas y aromáticas flores, descubrí la silueta de una mujer alta y esbelta que abandonada a su negligente posición recordaba, por la pureza de sus líneas, una de estas figuras clásicas de que el genio griego nos ha dado tantos y tan hermosos e inimitables modelos.

Al ruido de mis pasos volvióse rápida, y a la luz misma de la luna pude notar como temblaba en sus grandes y estáticos ojos una lágrima que se desprendió y rodó por sus, al parecer, marchitas mejillas. Siguió mirando un rato presa de la emoción más ansiosa hasta que abandonó la cruz después de depositar en ella un sonoro beso que recogió la brisa, perdiéndose luego en las sombras.

Después supe que aquella mujer era la que preparara para la primera comunión la niña que en aquella noche cumplía un año volara al cielo; y al saberlo pensé, cual de las dos madres amaba más a la hija, ¿la del cuerpo o la del alma? ¿la de la carne o la de la inteligencia?...

San Andrés 1907.



# DE LA TIERRA

(DEDICADO A DOÑA C. GÓMEZ)

El Jueves Santo es un día triste y solemne, y aquel año a la tristeza que le era propia, había que añadir para la bella Nanci, la tristeza de la separación y del tiempo que era bastante borrascoso. Toda la mañana había el sol ocultado su faz, y negros y plomizos nubarrones anunciaban, no lejana, una tormenta.

Al obscurecer, grandes y continuas gotas de agua empezaron a desprenderse de la negra bóveda, llegando pronto la lluvia a arreciar tanto que batía las hojas de los platanares con redoble triste y monótono, y las huertas exhalaban fuertes emanaciones del penetrante olor de tierra mojada.

La bella Nanci contemplaba puesta en pié, desde la terraza de su vetusta casona, la tristeza de aquella noche para ella de tantos recuerdos, y escuchaba, presa de la más viva agitación, junto a su buen esposo, el ruido que hacía el agua al azotar las hojas del espeso e inmenso platanar que yacía a sus piés, mientras su imaginación se explayaba allá lejos, muy lejos...

Pensaba en Sevilla su país natal, en la hidalga y bella Sevilla que en aquella hora cabalmente presenciaba el des-

file de una de sus más características procesiones, la procesión del Jueves Santo, en la que era triunfalmente paseada la Virgen de la Esperanza; aquella Virgen tan hermosa, tan celestial, tan simpática, a la que tantas veces había rezado y ante quien, en aquella misma noche, había cantado con toda la energía de su alma hermosa y con toda la melodía de su voz dulce y suave aquellas *saetas* que de pequeña le había enseñado y hecho cantar su buena madre.

Esta sería la primera vez después de veinte años pasados a su maternal sombra que la Virgen no oiría el timbre de su cariñosa y filial voz; ni la verían sus paisanas tributar a su tierna y divina Madre la Virgen de la Esperanza sus lohores y plegarias, su alma, su vida y su amor. Y se afligía y apenaba la bella Nanci al pensar que otras la estarían cantando y la saludarían con aquellas mismas *saetas* que sentía susurrar en sus oídos a pesar de estar tan lejos, y que hay! no podía, la pobre, cantar porque estaba lejos muy lejos de su patria.

De pronto, sin darse ni siquiera cuenta de lo que hace, después de indecisa y temerosa haber dirigido a su esposo una mirada como para preguntarle, así como se interroga al instrumento antes de tocarlo, recuerda que entre sus muchos objetos que cuidadosa tiene guardados, hay una imagen de su Virgen querida, e inconsciente y agitada la saca y coloca sobre una mesa, después de ardiente besarla, y enciende ante ella todas cuantas velas halla.

Y mientras las olas batían la costa mezclando su ruido con el que hacía el agua al caer y herir los vidrios de las ventanas, y el viento al azotar las hojas del inmenso platanar, produciendo un recido siniestro, como el de voces de hombres que naufragan; Nanci, la bella Nanci, apoyada del brazo de su marido, teniendo su cara este tinte

con que se colora en las altas montañas la nieve virgen al verse sorprendida por el primer beso del sol, y vueltos bacía la Imágen querida sus ojos excesivamente bellos por causa de la luz de tantas bujías, entonó con voz clara y potente, cánticas de cadencias tristes y prolongadas, canciones de su amada tierra, verdaderas *saetas* que de seguro herirían el corazón de su tan amada y venerada Virgen la Virgen de la Esperanza.

«Esperanza si le quieres ver,  
aligera un poco el paso,  
que a tu Hijo lo sentencia  
a muerte Poncio Pilato.

---

Tiene cara de divino,  
los labios clavel dorado,  
las rodillas chorrean sangre  
de caídas que ha dado.

---

Eres rosa de pasión  
que por tu Hijo sufriste,  
el ser que tiene le diste,  
y ahora le ves en prisión.

---

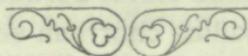
Una noche muy serena  
detrás de su Hijo avanza  
llena de angustia y pena  
la Virgen de la Esperanza  
honra de la Macarena.»

---

Así explayó, por espacio de media hora, su corazón ante su amada madre la Virgen de la Esperanza; y al apagar satisfecha las velas que en el improvisado altar quemaran, notó con sorpresa que ni el mar rugía ni el viento

silbaba, ni caía de las nubes más agua; y que allá en el horizonte surgía magestuosa la luna blanca estendiendo en el mar una ancha cinta de lentejuelas de plata, y señalando en la huerta una infinidad de perlas cuando caían de las mojadas hojas las últimas gotas de agua.

San Andrés 1907.





## SIN LÁGRIMAS

Nunca la ví llorar. Cuando la conocí habían pasado sobre su frente más de cuarenta abriles y la juventud al despedirse de ella, había dejado en su semblante señales bien visibles de pena. Su cabeza si bien no era tan blanca como la nieve, tenía no obstante a causa de sus muchas canas, estos tintes grises con que se colora la naturaleza momentos antes de morir.

Era alta y esbelta, y sus ojos tenían un azul oscuro de una dulzura indefinible que recordaban estos trozos de cielo que a la hora del crepúsculo, invaden los tonos violaceos de la tarde.

De corazón fuerte y alma varonil, había sufrido, impertérrita, la muerte prematura de sus padres y ansiosa de la vida que le pedía el corazón había, resuelta y enérgica, abandonado su patria, su casa, su familia, sus amigas y hasta las prácticas de su religión; y no obstante sus ojos inconcientes, al parecer, a lo que sufriera su corazón, estaban siempre secos, nunca lloraban.

Aquella alma era para mí un enigma. La ví pocos días después que la demasiada confianza en un amigo le acababa de arruinar más de la mitad de su fortuna y al fijarme de nuevo en sus ojos, comprendí que tampoco habían llorado. ¿No sabrá por ventura, me decía, que las lágrimas alivian el dolor y son la genuina expresión de la pe-

na? o ¿habrá llorado tanto en su vida, que sus fuentes del dolor se habrán ya secado?...

Una noche de estas de invierno hallábame reunido con su familia en la sala del piano. Era una noche fría y sin estrellas, el viento callaba y el mar estaba en calma. Todos estábamos sobrecogidos del espanto y soledad de aquella noche. El silencio que reinaba en aquella estancia, era de muerte. El único ruido perceptible era el de la leña cuando chisporroteaba en el hogar y el monótono tic-tac de la péndula del reloj cuyo balanceo marcaba en voz baja el ritmo de aquel tiempo que tan triste y trío iba pasando.

Me fijé en sus ojos y tampoco lloraban a pesar de indicarme su estado agitadoísimo, la lucha amarga, la pena horrible que sostenía su corazón.

De repente, movida como por fuerza extraña, se levantó y fué a sentarse en aptitud de abandono y melancolía al piano sobre el que había colocado artísticamente un verde ramo de crisantémos amarillos, breso y rosas blancas. Preludió una romanza, siguió después un wals y animándose poco a poco acabó por anegar aquella estancia con un diluvio de notas tristes y sublimes, enérgicas y graves.

La volví a mirar y estaba realmente transfigurada. Su rostro era sublime, su cabeza levantada y hechada un poco hacia atrás, herida su cara por la luz de sangre que despedía la mezcla del hogar quellameaba y la electricidad que ardía, parecía estar iluminada por los esplendores del éxtasis, y en sus ojos brillaban, con brillo sobrenatural, la inspiración y el amor; hasta parecía que las mismas paredes la dabau ciertos tintes nimbosos como los que suele dar al horizonte una espléndida puesta de sol.

Por momentos llegó a animarse tanto que parecía dominada por el vértigo, y entonces cuando agitadaísima azo-

taba con sus dedos las teclas, arrancaba de sus cuerdas un diluvio de lágrimas, un mar de gemidos, una infinidad de ayes y lamentos.

Otras veces parecía que quería consolar la pena que despertaba, y las notas repercutiendo en las altas paredes de la sala, ya se sostenían y vibraban suaves, ya salían largas, angustiosas estridentes animándose hasta perderse en lo más alto del techo y bajar tristes y acabar muriendo en el pavimento mismo de la sala. No recuerdo haber oído nada tan admirable en mi vida.

No bien acabó de tocar, volvió en sí, como despierta el niño que dejó de oír el canto que le arrulla y mirándome con aquellos ojos secos, al tiempo que lanzaba un hondo suspiro, me dijo: «Cuando necesito llorar, como mis ojos no saben, hago llorar mi piano.» Entonces lo comprendí todo.

Era una rica anglicana, cuya religión no le había enseñado a llorar, y como tenía un alma delicada y un corazón sensible, cuando la pena la afligía, para desahogarse, pedía prestadas a su piano las lágrimas que ella, pobrecita, no tenía.

Al despedirme pedí a Dios la diera a conocer nuestra religión que enseña a llorar y santificar las lágrimas.— (1).

Güimar 1907.

—(1). Nota: Con fecha 4 de Octubre de 1912 abjuró sus errores convirtiéndose a nuestra amada religión.





## UN VIÁTICO

Las campanas de la parroquia tocaban a gloria cuando el sol trasponía sus ardorosos rayos, y se hundía lentamente el campo en el silencio amoroso y lleno de suspiros de un atardecer ardiente.

Acompañado de dos managuillos con sendos faroles, bajo paraguas de seda encarnada y seguido del compás que marcaba el triste son de la campanilla, salía de la iglesia para ir a administrar a una joven enferma, en el momento en que los trabajadores venían cansados de su cotidiana labor.

Vivía aquella muy lejos y a lo más alto y retirado del pueblo; su casa desnuda y triste, como un nido abandonado, parecía mecerse entre el tupido ramaje de los pinos que la cobijaban.

Por el escarpado camino por do sudorosos subíamos, se veían una infinidad de casitas blancas de un solo cuerpo de edificio, rodeadas de flores y que teniendo por toldo un emparrado, se perdían por las sinuosidades de aquel terreno montaraz.

Aquí y allá por encima de las tapias asomábanse las palmeras con su tronco escamado y su abanico de hojas inmovibles en aquella atmósfera tranquila, parecían mudos centinelas que las vigilaban.

A lo lejos los pinos se esfumaban en la altura sobre un cielo puro, y más allá del barranco giraba sobre las

más altas cimas el águila y se mecía sobre sus negras y largas alas.

Nada percibíamos, a no ser el aroma de las flores con que manos delicadas habían alfombrado el camino que quietos y cansados subíamos, y el susurro del rezo de las pocas mujeres que nos acompañaban.

Llegamos por fin a una desvencijada casita de paredes mugrientas y gibosas, cuando las escarpadas cúspides de los montes estaban teñidas de un color rosa deslumbrador y flotaba en sus laderas, cual delicado velo, una niebla azulada precursora siempre de buen tiempo.

Acurrucada en la cama, pálida y caída como las flores enfermas, se hallaba una joven que moría cuando empezaba apenas a pisar el umbral de la juventud y belleza. Era hermosa pero sin encanto. Sus ojos negros como el azabache, sus cabellos descogidos y brillosos, sus labios secos y amorotados y su frente marmorea al reflejar los tonos de color de aquella tarde que moría, la daban cierta palidez que se asemejaba a la transparencia de la vida divina en una figura humana.

Todos los extragos del mal aparecían en sus facciones ligeramente crispadas por la dificultad de una respiración sibilante y anhelosa que poco a poco la iba languideciendo, dando inequívocas pruebas de un presuroso fin.

Recibió con admirable unción y conformidad el Santo Viático y poco después imprimiendo en la coronada cabeza de un Crucifijo que ya no podían tener sus manos, su último beso de amor, espiró aquel corazón sublime y obscuro que al parecer no sabía más que amar o morir.

Al regresar, sobrecogidos de ternura y dolor, palidecían en el firmamento los colores de la tarde y una neblina azul palpitaba en la extensa ladera... Era ya la hora misteriosa en que todo se entenece por el miedo de morir.

Güimar 1908.

---

## HERMOSA TARDE

No creo olvidarla nunca. Acababa de dar cuatro campanadas el reloj de la torre parroquial, cuando salí de casa acompañado de un amigo, para ir a esperar desde la *somada*, la histórica Virgen del Socorro.

El sol brillaba en un cielo sin nubes, y de todas partes se veía afluir una variada multitud de jóvenes y bellas parejas, que vestidas de fiesta y llevando las más, colgadas de su brazo, aterciopeladas bolsas llenas de almendras, se encaminaban gozosas a esperar la llegada de su tan querida Virgen y amada Madre, la Virgen del Socorro.

Sus caras hermosas estaban encendidas cual rojas amapolas, sus grandes ojos negros y azules brillaban con expresión de suma alegría y todo su ser respiraba una esencia suave y deliciosa parecida a la que vierte la Naturaleza al nacer, en el caliz de las flores.

La *somada* es una extensa y rústica plaza no lejos del pueblo, ordinariamente solitaria y abandonada, que solo parece revivir una vez al año cuando alberga por espacio de algunas horas las alegres y divertidas parejas que esperan sonrientes y jugando entretenidas, la llegada de su Virgen querida.

Al llegar mi amigo y yo al lugar de referencia lo encontramos hecho un verdadero hormiguero de gente decidora, bullanguera y preguntante. Por doquier se veía a las divertidas mozas avanzar, puño cerrado y mano en ristre,

y acometer sonrientes al primero que a su paso se cruzara, con el tan usual estribillo de *¿pares o nones?* pero de una manera tan rápida, tan inesperada y seca, que simultáneamente constituían tales palabras el saludo y la despedida.

No tardaron en presentársenos algunas de ojos azules bien rasgados, de mirada aunque recta algún tanto tímida, dibujándose en su fisonomía algo de amargo, como una gruta sombría junto a un precipicio, más su actitud era tan decidida y provocativa, su mirada subrayaba tan bien sus sacramentales palabras de *¿pares o nones?* que sin atrevernos a replicar, ni tan siquiera mirar a las que tan llana y simpáticamente nos preguntaban, contestábamos lo que nos parecía, deseando siempre perder por no enturbiar la sonriente mirada de sus ojos con la pérdida de algunas almendras, que para ellas, constituían en aquella hora, un mundo de verdadera felicidad.

Ha dicho no se quien, «que por lo regular cuando los temperamentos serios se animan subitamente, se tornan altivos y locuaces.» Tal debió de pasarme a mi en aquella agitadísima tarde de verano. Ya sea por la dulce apacibilidad de que la veía revestida, ya por la espléndida escena de la que éramos a la vez actores y espectadores, sobre la que arrojaba a manojos el sol sus dorados rayos, ya por el hermoso e imponente panorama que lleno de vivos y rosados tonos se desarrollaba ante nosotros: aquí la campiña que se extendía de bajo un cielo trasparente, reflejando con tonalidades verde claro amarillentas, los rayos del sol que iba a su ocaso; allá a lo lejos, cerca del mar, que a estas horas parecía una inmensa mancha azul, la *montaña grande* que parduzca y completamente fúnebre se esfumaba dentro una azulada neblina; cerca, las acacias, los pinos, las higueras que formando dilatadas manchas animaban y refrescaban con sus verdes toques, la

solemne placidez del cuadro que nos cobijaba; ya sea finalmente por las múltiples, variadas y estridentes conversaciones que ora cerca ora lejos azotaban nuestros oídos, semejantes a un ruido de queja, dulce unas veces como el murmullo del agua que corre, potente y desgarrador otras como los gemidos del huracán, lo cierto es que difícilmente se me hubiera reconocido en aquella tarde, tan distraído, hablador y expansivo estaba.

Dos horas largas estuvimos embriagándonos dentro aquella atmósfera de vida y poesía, respirando el perfume del aire y del suelo por sobre una alfombra de gajitos de arrayán y menuda haya hasta que a la caída de la tarde, en ésta hora solemne en que empiezan las sombras a extenderse sobre los pueblos, los valles y las montañas, sin darnos cuenta de ello, tan abstraídos estábamos, nos encontramos bajo la dulce y apacible mirada de la Virgen que cual madre amorosa venía a recoger nos solícita bajo los pliegues de su manto virginal.

La seguimos en su marcha triunfal por entre los estampidos que hacían los coetes al estallar, el humo de la pólvora de los regueros, la refulgente luz de las bengalas y los acordes de la música cuyo compás nos hacía avanzar paso a paso. Cuando callaba, no era difícil oír todavía a alguna joven que ébria aún de tantas emociones pasadas, preguntara al vecino: *¿pares o nones?*

Cuando llegamos había cerrado ya la noche. Era una de estas noches diáfanas y estivales en que si bien no luce en el firmamento la luna, suple muy bien su plateada luz, ese torbellino de brillantes estrellas que giran sobre nuestras cabezas y que a medida que se hunden unas en el abismo se levantan otras más brillantes y hermosas.

Fuí á dormir cansado y nerviosamente poseído de aquella melancolía persistente que suele dejarnos un día de fiesta; luces apagadas, fuegos extinguidos, cantos y vo-

ces perdidas cuyo eco se percibe aún, perfumes evaporados... todo se revolvía y agitaba en mi cerebro sin lograr conciliar, durante muchas horas, el tan anhelado reposo.

No sé lo que soñaría en aquella turbulenta noche; lo que sí recuerdo muy bien que al venirme a llamar por la mañana mi criado, temiendo me hubiera sucedido algo, dado lo avanzado de la hora, le contesté con un *nones* que me tentó la risa.

Güimar 1908.





# MARI

## LA HIJA DE PIARRÉS

¡Qué bella es la Naturaleza a los ojos de Mari la hermosa al contemplarla extática, un día de Primavera! El astro rey prodiga espléndido la vida por los campos y viñedos inundando con sus áureas olas las montañas y el valle. Los bosques de Ariscuh mecen su follaje heridos por el hálito primaveral, y de sus abismos nacen una infinidad de armonías en donde todo ríe y canta: el pájaro al mecer su nido el aire túbio, la pintada mariposa al libar el néctar a las flores, el ruiseñor al llenar de sonoros trinos el bosque, la pradera al vestirse de verdor y de flores el valle y al murmurar dulcemente los plateados riachuelos... ¡Qué bella es la Naturaleza a los ojos de Mari la hermosa, la hija de Piarrés el leproso cuando, desde la ventana de su pobre albergue, contempla extática la obra de Dios!

Un canto de amor iba a exhalar su alma enardecida, cuando al volver sus ojos ha visto en un rincón de la casa a sus padres carcomidos de lepra y llenos de miseria. Aquel mundo de armonías, de vida y poesía se pierde en lo azul del cielo, se llena de tristeza el corazón y de bruma la cara y corre por ella el riachuelo del dolor. ¡Qué dichosos, exclama, son los pajarillos del bosque que nacen, se aman y vuelan libres sin inspirar horror a nadie!, y levantando la voz y volviendo sus negros y lagrimantes ojos hácia su anciano padre de cabeza cana, le dice: ¡Ay!, pa-

dre, mi buen padre, aquí fuera todo ríe y canta, aquí dentro todo gime y llora... ¿y eso es la vida?...

La vida, contesta con voz cascada el anciano Piarrés, es el martirio... es la vereda repleta de espinos y zarzales por la que a la fuerza ha de pasar el pobre mortal desfallecida el alma y acibarado el corazón, vereda que acaba cuando no hay más penas que sufrir ni nuevos dolores que soportar... La vida es la cima ardorosa de donde cae cuando nace el hombre, sin llegar nunca, nunca al fondo... No importa que la lepra no haya manchado aún tus carnes blancas, como heridas de ella han caído las nuestras, porque buena o mala eres nuestra hija y hasta si llega la aversión que a nosotros leprosos nos abrumba y humilla. A pesar de tu juventud, por encima de tus virtudes y gentil belleza, todos huirán de tí, despreciarán tus miradas y... te aborrecerán.

La santa mujer que resignada sufre a su lado, la madre de Mari la hermosa, le interrumpe: Piarrés, le dice, los sufrimientos te perturban, ofendes con tus palabras a Aquel que pródigo nos da el pan de cada día, ama a todos por igual, y llena de dulce esperanza nuestras almas. La vida con libertad o sin ella, con salud o enfermedad, es siempre pesada carga para que el que no se conforma con su suerte. Si nuestros ojos y nuestra alma no pueden explayarse más allá de nuestro pobre albergue, ¿quién nos priva levantarlos hasta el mismo Dios y explayar en su esencia y misericordia infinitas nuestras almas? ¡Oh, Dios!, bendito seas, cúmplase en nosotros tu santa, tu justa, tu divina voluntad.

Transcurrieron algunos meses... El astro rey filtra sus tíbios rayos por entre las brumas del mes de Octubre, mandando a las montañas y valles las primeras oleadas de invierno. Se agitan movidas por el aire frío del Norte,

las amarillentas hojas del tupido bosque de Ariscuh, gimen de los pinos sus erguidos troncos, y de su mismo seno nacen armonías fúnebres y tristes. Las flores se marchitan, caen las hojas muertas tapizando el suelo húmedo, y huyen cantando los pájaros al abandonar su nido... ¡Ay, ya no hay flores en el valle!... ¡Qué majestuosa en su melancolía se presenta la Naturaleza a los ojos de Mari la hermosa, la hija de Piarrés el leproso, cuando en la ventana de su miserable albergue contempla entristecida, la obra de Dios!

Confundidos con los rumores de la montaña llegan a sus oídos, en alas del viento, hermosas sonatas, festival gritería y alegres cantos mezclados con sones rústicos que poco a poco se acercan. Gruesos grupos de montañeses vestidos de fiesta se encaminan alegres a la Iglesia de Ariscuh a quienes saludan repicando sus pequeñas campanas. Es la boda de Guerescah, mozo del Ureder, el único que no siendo leproso ha dicho palabras de amor a Mari, la hija de Piarrés el leproso.

Se acercan las alegres comparsas, llegan y pasan por el barrio de los leprosos, de donde todos, por costumbre, apartan su vista. Solamente Guerescah, el mozo del Ureder, lo mira con pena y sus ojos se confunden con los de Mari la hermosa, que desvanecida se retira y echa en brazos de su madre para llorar su pena.

Y pasaron meses... Las tristes sombras de la noche se extienden poco a poco por los valles y las montañas. La nieve cae en abundancia, y los desnudos robles del bosque de Ariscuh asemejan frías osamentas que firifitan dentro su blanco sudario. Nada se oye en él, tan sólo se percibe a intervalos el seco crugido de las ramas al ser desgajadas, por el vendabal de sus viejos troncos.

Dentro el miserable albergue del leproso yace moribunda Mari la hermosa, mirando unas veces a su madre

que gime dolorida, mirando otras a su padre, que apenado y pensativo esconde entre sus huesudas manos su cana cabeza. No lejos se destaca un religioso de barba blanca que lee en voz baja a la joven enferma y ante una tosca cruz de madera, la recomendación del alma.

La bella Mari que en su amarillez parece un ramo de azucenas perdida su nitidez, volviendo sus ojos al buen religioso le dice con voz triste y funeraria: Padre, triste es la vida; y la muerte, ¿qué será que tanto abruma el alma?...

—Para los que como tú mueren en los brazos del Señor, contesta el viejo sacerdote, morir es alejarse por breve tiempo el alma de la materia vil que la ahoga; es llegar a la patria tras largo y penoso destierro; es dejar en la madre tierra el vestido de carne salpicado del lodo del camino para vestir la hermosa túnica del ángel. Morir es volar el alma libre ya del cuerpo que la aprisionara para descansar eternamente en los brazos de Aquel que ha dicho: «*Bienaventurados los que lloran porque serán consolados.*»

Descansó la joven Mari sus ojos moribundos sobre la tosca cruz de madera, y transfigurada por la fé entregó dulcemente su alma en manos de Dios su creador. Y mientras el viejo Piarrés y su santa esposa dejaban caer en abundancia las lágrimas sobre los blancos despojos de su hija como caen las gotas de rocío sobre las estatuas de los jardines; y caía con más ímpetu la nieve en el barrio de los leprosos; y se oía de más cerca el crugir de los robles y el gemir del vendabal en el bosque de Ariscuh; hendía ligero el espacio el Angel de la Esperanza, llevándose en brazos el alma de Mari la hermosa y repitiendo el eco a su paso: «*Bienaventurados los que lloran porque serán consolados.*»

Mayo 1901.



## UN SACRIFICIO

(DEDICADO AL R. P. A. ANDRÉS)

Era ya anciano... Sobre su cabeza se amontonaba y relucía la nieve de setenta inviernos. Era alto, de formas esbeltas, y aunque acosado por los años, tenía una cara bella, artística, seductora, surcada por algunas arrugas bien marcadas que le daban una expresión enérgica, y de su boca emanaba siempre bondad, dulzura y consuelo. Así era Fray Narciso en los últimos años de su penitente y estudiosa vida.

Aquel día se cumplían cincuenta años, ¡qué bien lo recordaba! en que oyéndose de las campanas su triste lamento, él tan joven, tan bello y robusto, había visto caer sus sedosos cabellos que cual hebras de oro coronaran su cabeza, y descansando sobre un lecho de rosas, símbolo de la vida que dejara, al pié de un Crucifijo ante quien ardían blandones de cera amarilla y rodeado de monjes de hábito blanco que cantaban cánticos de tristeza, se despedía de la tierra para no pensar ni vivir ya más que para el cielo.

Apoyado en el antepecho del gótico ventanal de su celda, desde donde vislumbra una infinidad de casitas blancas caídas sobre montañas altísimas, y un monasterio abandonado lleno de verde y trepadora hiedra, menta Fray Narciso cansado, descolorido y físicamente abatido el día aquel que dejó los placeres de la vida para gozar,

como cadáver viviente, de las celestiales dulzuras del cielo.

Inconciente se fija en un palacio medio desruído que se pierde dentro un inmenso valle, y donde viven para él todavía ecos lejanos de antiguas fiestas y ardorosos suspiros de pasados amores, y sin querer besa gimiendo unas cuantas perlas que perdidas dentro un ramo de espinas, tiene sobre su mesa, al lado de un cráneo y a los piés de un gótico Crucifijo. A su beso se desprenden de sus ojos unas cuantas lágrimas dulces, suaves, y grandes que dan a su alma adolorida paz, resignación y consuelo.

Fray Narciso había sido siempre un carácter fuerte y robusto. El bosque había sido su cuna y los pajarillos, las flores y los arroyuelos, sus primeros maestros, no es extraño que fuera un sabio y un poeta. Cuando perdido por el bosque cansado, se sentaba para meditar, parecía la estatua del dolor resignado, muda, inmóvil, serena, perdida en el espacio su mirada penetrante. Cuando hablaba, del torrente de su discurso saltaban pensamientos brillantes y sublimes, como herida por la luz, la piedra diamantina, despidiendo una infinidad de resplandores. Cuando satisfecho de sus investigaciones, de sus estudios y trabajos científicos cantaba, su canto era un gemido no interrumpido deseoso de llegar al cielo. Raras veces hablaba de amor, mas cuando atraído por la belleza de la Primavera lo hacía, los corazones que le oían latían al unísono de sus palabras. Cuando quería expresar un sentimiento dulce, una idea delicada, una ternura, su voz tornada dulce y suave, y cuando rezaba, los que le acompañaban creían percibir perfumado de rosas y mirto el aire que respiraban creyéndose transportados a las regiones sublimes del amor y de la poesía. Así era Fray Narciso.

Se entrevé la aurora... la luz del sol que asoma y la de la luna que muere llenan el espacio de unos tonos in-

definibles y melancólicos El agua corre abundante por todas partes, salta ensordecedora por los barrancos, corre espumosa por los arroyos y cae quieta por los muros arrastrando limo y hojas secas. Del valle suben como de incensarios, suaves y embriagadores perfumes.

Acostado en su lecho de dolor y envuelto con su blanco hábito espera resignado el fin de su vida el sabio y penitente Fray Narciso, cruzadas las manos, bajos los ojos y plegados los labios. Su cara tiene una expresión tan celestial y divina que sin duda tiene tanto de hermosa como de sobrenatural. En la celda el silencio es completo; se pueden muy bien percibir los latidos que dá el reloj del hermano enfermero que le asiste.

De pronto se levanta y señalando a este, que atontado le mira, un voluminoso manuscrito que está abierto sobre la mesa, le dice: «hé ahí, hermano, el trabajo de toda mi vida; por espacio de cincuenta años he ido acumulando y depositando en este tomo todos mis pensamientos, mis fuerzas, mis investigaciones y estudios, mi ciencia y juventud y hasta mi corazón... es una obra acabada. La gloria que dará a mis hermanos será la recompensa de mis vigilias, de mis lágrimas y de tantas horas de trabajo que me cuesta. Me siento feliz porque me hará inmortal.»

Tomó en sus manos el libro y satisfecho y complaciente lo hojeaba, cuando herido de un rayo de luz divina recuerda que nunca es tan aromático el incienso más que cuando quema en el incensario, y que nunca exhalaban más exquisito perfume las flores como cuando las aplastaba con su pié en el bosque; y movido como de fuerza invisible y misteriosa, se vuelve al enfermero y le dice: «hermano, una gracia, es la última que le pido, es el deseo de un corazón que muere.. Allá dentro aquel hogar que llamea arroje este libro.»

Comprendiendo el religioso lego el sacrificio heroico

que suponía aquella petición, tomó de las temblorosas y caídas manos de Fray Narciso el manuscrito y lo arrojó al fuego, y mientras se consumía levantando una pequeña pira de humo, oyó como decía resignado: «Es mi último y más grande sacrificio, aceptadlo, Jesús mío.»

Largo rato estuvo mirando como poco a poco iba consumiéndose, anegado en un éxtasis de suave dolor que por momentos embellecía su faz cadavérica hasta que dos lágrimas, hermosas y brillantes, como las que heridas por el sol en la última turbonada se desprenden de las flores, quedaron impresas en sus mejillas ya marchitas; y la muerte que tiempo hacía lo sostenía dentro sus brazos, se le acercó y posando sobre su frente sus secos labios le besó y su beso resonó en su pecho ya cadáver.

---

Llovía... Era una mañana de invierno de aquellas en que el cielo está lleno de nubes y de humedad la tierra, cuando las campanas del monasterio doblaban a muerto. Al centro de la nave mayor del templo se levanta un humilde túmulo, en el que yace cadáver lleno de flores, como durmiendo en su lecho de muerte, y vestido con el hábito de S. Benito el sabio y penitente Fray Narciso. Le circuyen varios blandones de cera amarilla que iluminan chisporroteando aquel fantástico cuadro de silencio y muerte. Su hábito blanco herido por la luz que despiden los blandones sobresale sobre el fondo oscuro de los paños negros y brilla como oro herido por los rayos de sol poniente.

Resuenan por la ancha nave confundidas con el aire caldeado de aromático incienso, las salmodias y las notas graves, tristes y dolorosas de los monjes que baja la cabeza y respetuosos cantan el oficio de difuntos, mientras que del corazón de todos los asistentes se escapan hondos suspiros y hermosas protestas de admiración y de esperanza.

Terminados los responsos, se acerca al cadáver el P. Prior, quien admirando por última vez aquella frente tan alta y tan blanca, aquella cara tan clásica y hermosa, aquella actitud tan celestial y angélica, aquella postura tan resplandeciente y humilde, volviéndose a los demás monjes que mudos le observan les dice: «*Era un sabio...*» «*Y un santo*», añadió el hermano enfermero cuando se acercó para tapanlo.

Güimar, 1907.







## FLOR TRONCHADA

Era muy joven y ya había padecido mucho. La conocí en una ocasión solemne, cuando fui llamado para abrir las puertas de la eternidad a su buena y todavía joven madre.

El sol que iluminaba espléndidamente aquella casona, protegida por un emparrado por entre cuyos pámpanos y verdes uvas lucían hermosos capullos de un rosal trepador, hacía triste contraste con el semblante de pena que presentaban las tres jóvenes que me salieron al paso.

Halléla moribunda y sin fuerzas, postrada en la cama que había en un ángulo de la sala. Por su cara cadavérica se deslizaban gruesas gotas de frío sudor que al caer heridas por los rayos de sol que hasta su cama llegaban, parecían gruesas perlas desprendidas de antigua corona.

A mi llegada abrió sus ojos sin vida y los posó con insistencia en el ángulo opuesto de la sala, donde también yacía herida de larga enfermedad su última y más querida hija. Su mirada era penetrante. Para mí, exprimía en ella toda la angustia que cabe en el corazón de una madre joven que se ve morir.

Pocos minutos después al cerrar con mano temblorosa aquellos ojos agónicos ví temblar y desprenderse fría, por sus marchitas mejillas, una gruesa lágrima en el momento en que la muerte tendía sus brazos para llevársela al reino de la verdad y de la paz.

Verdaderamente conmovido y apenado me acerqué a

la otra cama en donde estaba sentada en actitud de pena y sumamente adolorida una niña maravillosamente bella; sus trenzas abandonadas y en desorden coronaban una frente purísima si bien marcada por la huella del dolor y sus ojos presos del llanto, mostraban un azul obscuro de indefinible dulzura.

¿Murió?... Fué la única palabra que en voz queda y temblorosa, como la producida por la rama del sauce al besarla la brisa, me dijo aquella jovencita que por espacio de dos años se hallaba tendida en aquel lecho, cuya vida se había deslizado como un sueño, como la aparición de un Angel que descendiendo a la tierra y sufriendo en ella, deseara remontarse al cielo.

Una oleada ardiente subió a sus brillantes y azules ojos al cerciorarse de la realidad de la desgracia que acababa de robarla lo que más idolatrara su martirizado corazón; se tapó la cara con las manos, y por entre sus blancos y enflaquecidos dedos se desprendieron gruesas y relucientes lágrimas. Mas sobreponiéndose pronto a la pena, la contemplé luego que sin replicar una palabra elevaba al cielo su hermosa y húmeda mirada llena de dolorosa resignación.

Pasaron muy pocos días... cuando una tarde, en esta hora del crepúsculo dulcemente indefinida y misteriosa en que el manto de la noche que se acerca nos rodea con las sombras vespertinas y lo envuelve todo en un nimbo vago de poesía, tornaba otra vez a aquella casona de tristes recuerdos para acompañar a la ciudad de los muertos los frios despojos de aquel ángel que tanto había sufrido; y al notar que todos los semblantes, aún el de su mismo padre, aunque tristes y abatidos no lloraban, comprendí ser cierto que en la vida hay momentos en que cuando el alma está saturada de dolor, no siente los golpes que recibe por fuertes y dolorosos que sean.

Iba a anochecer cuando salíamos de aquella estancia. Por los confines del horizonte descendía de la sinuosa cresta de las colinas una nube sombría que cual inchada ola iba estendiéndose por el valle. A lo lejos se veían esfumarse en la sombra, la torre de la iglesia y la larga hileras de casas de aquella villa que parecían recostadas en los oscuros peñascos de la ladera de enfrente. La tierra toda se hallaba envuelta en un manto gris de una bruma inmensa.

Apenas llegamos al cementerio, cuando aquella nube se condensó en tenue llovizna que mojó el blanco ataúd y salpicó de menudas perlas las flores de las coronas que lo cubrían y al observarlo pensé si serían las lágrimas de alegría que vertirían los ángeles al arrancar de la tierra un alma hermana.

La Victoria, 1910.







# UNA PRIMERA COMUNION

(Dedicado al Excmo. e Ilmo. Señor  
Don Nicolás Rey Redondo, Obispo de Tenerife)

En una de las islas de la Provincia, en la falda de una alta colina que muy de tarde en tarde oye susurrar un profundo barranco, de cara al imponente Océano y rodeado de huertas cuajadas de plataneros, se levanta un modesto pueblo de unos contados vecinos.

Sería por el año de 1871 cuando el celoso pastor de grey tan dilatada, el Excmo Sr. D. José M.<sup>a</sup> de Urquinaona pasara, a mediados de Julio, su santa pastoral visita en la antigua Parroquia del ya citado pueblecito.

Por espacio de tres noches consecutivas atrajo cual misionero apostólico, con su dulce y fácil palabra a todo su numeroso auditorio que como ovejas sumisas se complacen en escuchar la voz de su amado pastor a quien ven con frecuencia juntar ambas manos para orar y levantar su diestra para bendecir.

Era Urquinaona un alma noble y abnegada que robustecido con la dignidad de su alto ministerio, no tenía más norte que la rectitud, ni otra satisfacción que la de no haber alterado nunca la palidez impresa en su rostro por las vigiliyas y el estudio.

No era alto ni bajo, tenía azules los ojos y velaban su frente pensativa hermosas madejas de cabellos rubios. Su

voz era dulce y pura como el sueño de un ángel, y su palabra, cuando inspirada, pasaba sobre las muchedumbres y las agitaba como el viento las espigas; cuando apagada, temblaba de emoción como la voz de tierno niño.

Tenía el temple de alma de todo el que es filósofo, artista y poeta; concebía y sentía como los grandes hombres y poseyendo un fondo de inagotable paz hacía nacer en los corazones que le rodeaban todas las alegrías porque era el símbolo de todas las esperanzas; en una palabra era un alma hermosa con esta belleza grande y atrevida que revelan el heroísmo, el genio y el amor.

---

Es una de las más hermosas mañanas de verano. Nunca el sol naciente se presentó más risueño. Tibia brisa juguetea entre los brezos suben por las ramas suaves vapores, y la selva y el bosque penetrados del hálito que exhalan los manantiales, humean a la luz de la aurora como un pebetero. El azul del cielo, la blancura de las nubes, la trasparente claridad de las aguas del mar, dan al pueblo una nota de suave y mística alegría.

La pequeña iglesia, por cuyos ventanales penetran a esta hora, como celestiales sonrisas, raudales de esplendente luz, y que aparece adornada, ricamente ataviada, y cubierta toda de flores, está también llena de fieles que vestidos de fiesta esperan ansiosos recibir de manos de su amado Pastor junto con la última bendición, el pán que dá la vida eterna.

El órgano lanza torrentes de notas remedando dolorosos lamentos y tiernas plegarias; y entre cánticos, oleadas de incienso, perfumes de rosas y arrayán y rumor de rezos y plegarias empieza la solemne ceremonia de la Comunión.

A mitad de ella se arrodilla en la última grada del presbiterio para recibir, como los demás, el pan eucarís-

tico una joven viuda vestida con un vestido que tiene el color de las hojas muertas; es alta y delgada, de cabellos grises que las penas más que los años han emblanquecido, de ojos muy rasgados y de mirada altiva y penetrante.

Junto a ella y cogida de su mano se arrodilla tambien su tierna y encantadora hija, niña de unos cinco años, blanca como el ampo de la nieve, de hermosa cabellera que en largos anillos rodea en bucles su alta frente y que de sostener una corona de rosas blancas parecería uno de éstos ángeles de que los pintores de la edad media se complacían en rodear a la Virgen y poblar el cielo.

El Obispo contempla con mirada afable aquel rostro ignocente tan puro y bello iluminado entonces por los decisos reflejos de la vela que sostiene el presbítero asistente; breves instantes permanece pensativo, apoyada su diestra que sostiene la partícula consagrada sobre el copón, mas al ver que aquella entreabre tambien los labios para comulgar, resuelto le da la comunión al mismo tiempo que pronuncia tan hermosas palabras: «a los ángeles no se les niega su pan.»

Quien despues de esto hubiera fijado en Urquinaona su mirada, hubiera visto que su cara, en la que aparecían como brillantes, por causa de los rayos de luz que de los ventanales caían, sus gotas de sudor, tenía entonces la expresion del deber cumplido y bien cumplido.

La Victoria, 1911.



lico una ley en virtud de la cual se declara que tiene el  
 color de los ojos azules, es ella y delgado de cabellos  
 grises que las pocas veces que los ojos han cambiado  
 de color mill veces y de mirada olivá y castaños  
 y la parte de ella y cogida de su mano se proyecta también  
 en forma de un cono de color blanco y negro, como  
 blanca como el tipo de la nieve, de la misma color  
 que en los ojos azules y de la misma color de la  
 y de color de una corona de color blanco y negro y  
 color de los ojos azules y de la misma color de la  
 compaña en virtud de la ley y de la misma color de la  
 El Ojito contempla con mirada alba aquel rostro  
 inocente tan puro y bello iluminado entonces por los in-  
 decios reflejos de la vela que sostiene el presbitero, esta  
 lenta y en tanta permanencia pensativo, apoyada su  
 frente que sostiene la partícula consagrada sobre el co-  
 por más de vez que aquella entrecierra también los labios  
 para cumplir, resuelto se da la comunión al mismo tiem-  
 po que pronuncia los hermosos palabras: en los brazos  
 de los brazos en paz.  
 Ojalá después de esto hubiera sido en Lindisfarne  
 su mirada hubiera visto que en cara en la que aparecen  
 como brillantes por causa de los rayos de luz que de los  
 ventanillas caían sus ojos de sudor, tenía entonces la  
 expresión del dolor culpado y bien culpado.  
 La Victoria, 1911.



# UNA BODA

(Costumbres canarias.)

Nos hallábamos en pleno verano. Una mañana espléndida en que brillaba el sol en un cielo soberbiamente azul, se presentó en la Iglesia una joven pareja para firmar a los piés del Altar y ante las miradas de su Virgen querida su sacramento de amor.

Él, era un joven fornido, fuerte, de color de bronce claro y mirada agradable, poblada de cabellos negros y lustrosos su cabeza y de una presencia noble y arrogante. Ella, una joven alta, de grandes ojos de un azul oscuro, esbelta, hermosa pero sin encanto como la copia de una estatua clásica hecha por un pintor mediano.

El acompañamiento era corto pero escogido. Sendas parejas de jóvenes casaderas vestidas de fiesta que exhalaban, como las flores tropicales, variado perfume penetrante; de ojos atrevidos, trajes llamativos y de sonrisa franca y alegre.

Con el mayor silencio empezó la religiosa ceremonia. De pié ante el Altar revestido con las sagradas vestiduras leyó el Párroco en voz baja la epístola de S. Pablo, y dirigiéndose despues a aquella que ostentaba en sus frescas mejillas los tintes rosados de la auróra, y preguntándola si quería al que tenía al lado por su legítimo esposo, contestó con voz decisiva algo apagada por la emoción que sí, y al decirlo, sonrió con esta sonrisa alegre, efecto de la

satisfacción esperada; y nadie notó el encuentro de dos miradas, verdadera nota de júbilo lanzada al aire, como el trino de dos avecillas que se remontan juntas al azul del cielo.

Y cayó sobre ellos la bendición del sacerdote precursora de paz y felicidad y junto con ella cayó también una granizada de *anises* que cubrió el santo suelo.

Terminada la ceremonia salieron cogidos del brazo los recién casados con sus acompañantes hallando en las gradas mismas del templo con varias parejas de mozas que risueñas y alegres, sosteniendo una bandeja llena de flores y trigo se lo tiraron a embozadas diciendo a un tiempo.

«Eres paloma torcuaz,  
fuiste libre y vienes presa  
con el marido al lado  
que te dió la Iglesia.»

«Flores a la desposada  
que la mocedad se acaba.»

«Este trigo que os tiro  
esposa lo recibais  
con vuestro querido esposo  
que al lado llevais.»

«Dios os haga bien casados  
vecinos de este lugar  
y os conceda pronto el cielo  
hermoso niño que arrullar.»

El cuadro no podía ser más bonito, ni de tonos más vivos ni de colores más varios. Era realmente soberbio; uno de estos cuadros que aceleran los latidos del corazón y se graban para siempre en la memoria.

Un cielo azul hermosísimo y un sol brillante que a todos envolvía dentro un nimbo de gloria. En frente, la mayor parte del pueblo con sus casitas diseminadas y medio ocultas entre huertas y arboledas de entre las que sobresalía la Iglesia blanca con su elevada y puntiaguda torre. A lo alto, los castañares y los bosques de hayas que con su follaje gualdo y verde semejaban grandes telas de brocado extendidas sobre las montañas y collados. Cerca, vibraba el espacio de luz y calor; los árboles mostraban las ramas cargadas de frutos y en los jardines, por encima de las tapias respiraban los jazmines su suave fragancia, y las magnolias, como incensarios de marfil, esparcían su perfume en aquel ambiente impregnado de olor a miés. A los piés, el mar inmenso cuajado de oro; y allá lejos en el infinito azul, la silueta de un vapor grande que rompía la línea del horizonte.

Vallehermoso, 1914.



con su encanto la gran vida y la gran  
 El cuadro no podía ser más bonito ni de tonos más  
 vivos ni de colores más vivos. Era realmente soberbio.  
 uno de estos cuadros que acarrean los latidos del corazón  
 y se gradan para siempre en la memoria.  
 El cielo azul hermosísimo y un sol brillante que a lo-  
 dos envolvía dentro un nimbo de gloria. En frente, la ma-  
 yor parte del pueblo con sus casitas diseminadas y medio-  
 ocultas entre huertas y arboladas de entre las que sobre-  
 salía la iglesia blanca con su elevada y panteada torre.  
 A lo alto, los castañares y los bosques de hayas que con  
 su follaje verde y verde sembraban grandes telas de pro-  
 ento extendidas sobre las montañas y collados. Cerca,  
 vibraba el espacio de luz y color; los árboles mostraban  
 las ramas cargadas de frutos y en los jardines, por enci-  
 ma de las tapias resplandaban los jazmines en suave fragan-  
 cia y las magnolias, como incensarios de marfil, espar-  
 cían su perfume en aquel ambiente impregnado de olor a  
 miel. A los pies del mar profundo cuajado de oro y azul  
 blancos en el infinito azul, la silueta de un vapor grande que  
 rompía la línea del horizonte.

Vallermosa, 1914. Se conserva en sus



con su encanto la gran vida y la gran  
 El cuadro no podía ser más bonito ni de tonos más  
 vivos ni de colores más vivos. Era realmente soberbio.  
 uno de estos cuadros que acarrean los latidos del corazón  
 y se gradan para siempre en la memoria.



## HIMNO A TRES ARBOLES

¡Oh tu cedro, potente nacido de raza de gigantes en la agrietada roca del Líbano, sobre cuya cabellera pasan silbando las aves caudales y de cuyo robusto tronco nacen tus ramas horizontales, ébrias de vivificadora savia! Te saludo árbol gigante porque has sido el padre de una raza fuerte y eres todavía hoy el símbolo de la resistencia.

Te saludo porque luchas con el vendabal, te coronas de gloria en las tempestades y pruebas ser el invencible triunfador del tiempo cuando cruza tu alfiva frente el rayo amenazador.

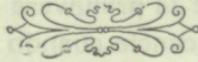
Y tu el heraldo de la primavera que abres tachonada de oro tu rosea florescencia cuando abren sus pétalos las azuladas violetas, y oyes a tus plantas el hervor de la nueva vegetación cuando se agita por salir y matizar de verde la tierra; también te saludo árbol hermoso porque al cubrirte con tu albo manto, rompen su crisálida las pintadas mariposas, abren su caliz las flores bañadas por el sol y nace el amor en la tierra.

Te saludo nevado almendro porque eres el símbolo del amor más puro.

Salve gallarda palmera de cuya forma esbelta nació la arquitectura árabe de Mahoma el profeta; te saludo porque eres el quita-sol de los palacios morunos, el abanico espléndido de la Naturaleza y la cabellera real que siempre agita el viento.

Tu que de tan alto contemplas la terrena florescencia  
y sacudes en el azul celeste tu esbelta y altiva frente; di-  
me: ¿qué sientes al rozar tu frente el águila marina?... Y  
cuando por entre tus hojas largas pasa el aire silbando;  
¿no oyes como te canta cantos de ensueño, himnos de  
pereza, notas de música oriental?...

Agosto 1906.





# A LA INMACULADA

(Arreglado de las "Arenitas")

Una mañana muy tempranito, vadeando un torrente ví un espino en flor y sobre el espino una flor de la que pendía luciente y pura una gota de rocío; y pensé: ¿habrá nada más puro? y el Angel contestóme muy quedo; sí la Inmaculada.

Una mañana muy tempranito asomado al muro de un jardín ví un capullo de rosa a medio abrir; no era blanco ni rosado y del blanco y del rosa parecía mezcla; y dije: ¿puede haber nada más hermoso? y el Angel respondió me al cogerlo: sí la Inmaculada.

Una mañana muy tempranito ví en la playa una ola muy tranquila que jugaba con la arena, era brillante y transparente como el agua del arroyo al besarla el sol y el ruido que hacía al mecerse, embriagaba, y dije: ¿puede haber nada más poético? y el Angel al contemplarla estático me dijo: sí la Inmaculada.

Una mañana muy tempranito sacudía de los rosales las perlas del rocío; oleadas de aroma herían mis sienas, y pensé: ¿puede haber nada más embriagador? y el Angel agitando las alas contestó: sí la Inmaculada.

Una mañana muy tempranito vino a despertarme el canto de un ruiseñor cuando allá en la montaña temblaba el lucero; y dije: ¿el amanecer tendrá nada más grato? y el Angel señalando el cielo contestó: sí la Inmaculada.

Una mañana muy tempranito sentado en el bosque ví el cielo muy sereno, su azul no trasparentaba ninguna nubecilla, una dulce paz y un bienestar inefable irradiaban cerca de mí, y dije: ¿en esta hora bendita qué puede faltar? y el Angel tendiendo el vuelo respondió: la mirada de la Virgen la Inmaculada.

1904.



---

## UNA ENFERMA

Mucho tiempo hacía que no la había visto. El sol caía al poniente y una niebla color de rosa, cual marto inmenso, aguardábalo para envolverlo y hacerle morir. Las gallinas habiánse refugiado ya en los corrales y uno que otro mirlo iba a esconderse dentro los matorrales para pasar allí la noche. Daba el *ángelus* la Parroquia cuando entraba apenado en la casa de la pobre enferma.

Mucho tiempo hacía que no la había visto. Por esto fuí recibido afable y cortesmente. ¡Pobrecita! aquella cara tan blanca y hermosa, tan delicada y angélica iba surcándola poco a poco y destruyéndola miserablemente un cáncer horroroso. Sin querer desvié la mirada en el instante en que corrían por ella las lágrimas.

Mucho tiempo hacía que no la había visto. Su potente voz que gozaba otro tiempo entonando el canto de la tempestad o simulando el ruido de la brisa de un hermoso atardecer, se había debilitado tanto que me pareció el triste gemido de hojas muertas removidas por la brisa en noche quieta y funeraria... ¡pobrecita! ya no cantaba; ¿como había de cantar, si el cáncer había carcomido sus labios y acababa con la boca? rezaba, y su oración era sublime, confiada, constante.

Mucho tiempo hacía que no la había visto. Y hallándome en su dormitorio, a pesar de respirar las oleadas de aire corrompido que del mismo nacían, pensaba hallarme

dentro un santuario, al lado de un altar, cerca de una víctima que horriblemente majestuosa, estaba ofreciendo a Dios la destrucción de aquel cuerpo que a trozos caía, y lejos de animarla, al acercarme a ella le supliqué rogara por mí.

Mucho tiempo hacía que no la había visto. Al salir apenado de su casa lucían en el firmamento las estrellas, retirábanse a sus hogares los trabajadores tatareando cantares y cerca del campanario silbaba la corneja. Ante el altar donde derrodillas rogaba a Dios por la enferma, entre los temblorosos destellos de la lámpara del santuario que irradiaban en mi cara, pensé; si eso son los cancerosos del cuerpo; ¿qué serán los cancerosos del alma?...

1905.





# EL ORO

(LEYENDA)

(ARREGLADO DE LAS "ARENITAS")

Lucifer estaba malhumorado a pesar de celebrar las infernales jerarquías el aniversario de la humana prevaricación, con hurras de infernal orgía. Estaba triste y pensativo porque estaba convencido de que la lucha sostenida con el Señor de los ejércitos había resultado un verdadero fracaso.

Por más que rememoraba sus fatales consecuencias y contemplaba lleno de diabólica e infernal complacencia, repleto de penas el mundo, caído por tierra el hombre, criatura perfecta, y cernerse majestuosa sobre la humanidad la tétrica sombra de la muerte; a pesar de todo, Lucifer estaba triste y mal contento aquel día. ¿Por qué?...

Recordaba lleno de angustia y le atormentaba extraordinariamente la promesa de un Redentor hecha por Dios en el Paraíso terrenal y no podía convencerse de que aquella caída preparada por él con tanta astucia e hipocresía, hubiera de reducirse a casi nada. Y levantándose como movido por fuerza misteriosa, dando un fuerte grito que retumbó por los abismos e hizo gemir de espanto a aquellas bestias que ebrias de alegría nadaban dentro un mar de gritos y hurras salvajes, bramando dijo: «Se-guidme.»

Acababa el reloj de la noche de dar de las doce la últi-

ma campanada, cuando Lucifer acompañado de todos los diablos del infierno, entraba, horriblemente feo, por una fuga quebrada, al fondo de una cueva perdida dentro un barranco umbroso, de una isla no poblada. A su llegada salieron dando fuertes alaridos, una infinidad de aves marinas donde se guarecían todos los días cuando la noche acababa de correr sus negros velos. Era tanta la furia que sentía que sus ojos saeteaban y su actitud daba miedo, como lo dá oír de los truenos el estampido.

De pié sobre una gran piedra que había al centro de aquella covacha quiso que todos le adoraran, ofreciéndole de nuevo obediencia y sujeción; y escupiéndole al cielo y tirándose al suelo le besaron en señal de sumisión la pezuña izquierda. Largo tiempo duró aquella adoración sacrilega, durante la cual reinó la más horripilante quietud sólo interrumpida por el ruido que hacían las olas al besar rendidas los pies de aquella isla abandonada y alterada de cuando en cuando por el reflejo de la luz melancólica de la luna llena al contornear de una manera fantástica aquellas peñas.

Terminada que fué aquella tan sacrilega adoración, subió a sus mejillas una oleada de sangre roja que le quemó toda la cara y... roncó como ronca el trueno perdido por las hondonadas, bramó como brama el mar cuando se enfurece, y ahulló como ahulla el vendabal al atravesar el estrecho; y su bramido fué una maldición horrible que hizo estremecer a las mismas potestades del Averno.

Después... miró al cielo y escupió y tirándose en tierra abrióse con sus nervudas manos las entrañas, arrancóse con fiereza el corazón y golpeándole sobre una afilada piedra se abrió, saliendo de él algunas gotas de sangre negra. Al ver que su corazón manaba sangre se apoderó de él una risa frenética, estridente, furiosa, y cogiéndole de nuevo lo botó con mayor fiereza y ardimiento, lo pisoteó y estrujándolo echó sobre él un sin fin de maldiciones,

de gritos e improperios a cuya virtud creció de una manera espantosa, se abrió e inflamándose sobremanera irradió por todas partes resplandores melancólicos de una luz color de sangre que iluminaron aquel cuadro horriblemente horrible.

Continuaron las maldiciones y blasfemias, los sarcasmos e improperios y pronto se vió como hervía dentro aquel corazón de fuego una especie de baba rojiza que mezclada con los gritos de desesperación, de salvaje alegría y hurras de locura de los demás diablos, reventó lanzando gruesas llamas que caldearon todo aquel espacio; a intervalos se esfumaban haciendo pesada, aflictiva y saturada de odios y maldiciones aquella atmósfera que con fruiciosa complacencia respiraban tantas furias infernales.

Y Lucifer bramó de nuevo. A su bramido callaron las furias todas del Averno cayendo sumisas a sus pies, reinando de nuevo en aquella covacha un silencio de muerte. «Ven tú, dijo, ven, demonio del orgullo, saca sangre de tus venas y échala aquí.» Y el demonio del orgullo se rasgó una arteria y la derramó dentro aquel crisol de fuego, y mientras Lucifer lo revolvía exclamaba: «Así el hombre sentirá más vivo el deseo de riquezas, subirá sobre sus hermanos y sobre el mismo Dios, tornaráse déspota e hipócrita y atraído por el hálito de este vil metal le rendirá homenaje y adoración.» «Sea», gritaron a la vez todas las demás furias infernales.

«Demonio de la avaricia, gritó de nuevo Lucifer, dame también tú una copa de tu sangre»; y el demonio de la avaricia abrióse también una vena y mientras caía la sangre cantaba Lucifer: «Así para adquirirme venderá el hombre su conciencia, el alma y su mismo Dios, editará libros malos y despreciará toda ley divina y humana». «Sea», contestaron a coro las diabólicas furias.

«Demonio de la lujuria», dame también una copa de tu sangre»; y el demonio de la lujuria partióse una vena, y al caer con abundancia la sangre decía sonriendo: «Así renegará el hombre de su Creador; se forjará dioses de barro y de carne, llenará de corrupción y de escándalos el mundo y se asemejará mejor a los animales». «Sea», respondieron gritando todos los demonios del Averno.

«Demonio de la envidia», necesito una copa de tu sangre»; y el demonio de la envidia se arrancó a mordiscos una arteria y mientras dejaba escurrir la sangre añadía: «Así atormentará al hombre una sed terrible que solamente podrán mitigar la sangre y la venganza.» «Sea», respondieron las infernales jerarquías.

«Demonios de la ira, de la pereza, de la gula, terminad mi obra: echad aquí una copa de vuestra sangre; y el demonio de la ira, el de la gula y el de la pereza mordieronse con furor una vena y al saltar y caer negra su sangre dentro aquel volcán de imprecaciones y removerla Lucifer, hirvió aquel metal como hierven las olas del mar cuando las azota el temporal y satisfechos exclamaron todos: «Así el hombre se vengará, se degradará, se adormecerá», «Sea», respondió aquella innumerable legión de furias «Sea, sea, sea...»

«Basta, dijo satisfecho de su obra Lucifer, basta, me siento vengado. Ahora no falta más que esta mezcla, a la que llamarán *oro* los mortales, la escondáis dentro las entrañas de la misma tierra, la mezcléis con los granos de menuda arena que arrastran los ríos, y que la ocultéis a las miradas de los curiosos porque sea siempre más querido y buscado».

No había terminado de hablar, cuando todas aquellas infernales legiones, dando fuertes hurras y vivas, entonando maldiciones y provocando blasfemias y algarabía ocultaron dentro las entrañas de aquella covacha el *oro*

que todos acababan de crear. Al mismo tiempo comenzaron a brillar en el Oriente los albores matutinos, y de lo alto bajó cantando una legión de ángeles que dijo a los que acababan de enterrar su obra infernal: «Servirá también para enjugar las lágrimas, y convertido en limosna borrará los pecados».

1905.







## BRINDIS

*(Pronunciado en un almuerzo que se dió en la Matanza el día 24 de Abril de 1912, para solemnizar la promoción de su Rdo. Cura párroco, D. Pedro González Díaz, a la penitenciaría diocesana.)*

Del Delfín de Francia se cuenta que cuando niño, durante los desastrosos días de la Revolución, estando prisionero con su madre, la pobre mártir María Antonieta, la dijo: «Mamá, ¿hoy es todavía ayer?» Aunque en circunstancias bien distintas, cual el pequeño Delfín, en esta hora de justicia, expansión y gratitud, ¿me será permitido preguntar: D. Pedro González Díaz de ayer es todavía el don Pedro González Díaz de hoy?

Ayer ejercía cual ninguno la espinosa misión parroquial, y con el alma grande que le sublima y el corazón hermoso que le enaltece le hemos visto muchas veces saludar al rico y tender al pobre la mano, enjugar al menesteroso sus lágrimas y mitigar al desgraciado sus penas.

Hoy le contemplamos encumbrado por sus méritos y su gran constancia, al alto puesto de Penitenciario diocesano, y digo por su gran constancia, porque de él puede con verdad decirse: «que la vida es de los que tienen el valor de realizar lo que se proponen» y D. Pedro ha logrado lo que se proponía.

¡Cuantas veces al verle tan fuerte, tan constante y animoso en medio de sus nobles aspiraciones, me ha pare-

cido uno de estos robles seculares que valientes saben desafiar el huracán y sus rugidos! ¡cuantas le he comparado a estos atletas que sedientos siempre de gloria se embriagan con la esperanza del triunfo sin desmayar en la derrota!

Revestido hoy de tan alta dignidad, será para nosotros el mismo que era ayer? No cabe dudarlo; y no cabe dudarlo, porque conozco su alma y sé que es grande, me he asomado a su corazón y he comprendido que en él cabríamos todos. No cabe dudarlo, porque si en este momento me pregunto; ¿por qué lazo misterioso estamos unidos en esta mesa cerca de D. Pedro? mi conciencia y la vuestra me dicen que por el de la amistad; y la amistad, señores, se forja en el corazón, a este lo mueve el alma y el alma no muere nunca. Por esto afirmo que para nosotros será siempre el mismo; de no serlo, una nube empañaría su alma y una nube en el alma descolora más la vida que una nube en el horizonte.

Ya sé que dijo un poeta: «que el silencio es el aplauso de las impresiones ciertas y duraderas.» A pesar de ello no quiero callar sin que antes brinde por la paz y prosperidad de nuestro amigo; sin que agradezca la fina atención de los M. Is. Sres. y demás amigos que nos han acompañado, y sin que eleve a Dios una súplica por los pueblos de la Matanza y la Victoria que tan bien representados se hallan aquí.

¡Oh Dios! por estos pueblos hermanos te pido que así como dos gotas de rocío caen rodando en el cáliz de una azucena y llegan a confundirse en una perla única, así haz, oh Dios, que cayendo siempre juntos en los anales de su vida estos dos pueblos hermanos, se fundan en el corazón de nuestro amigo que tan bien ha sabido amar al uno como al otro.

HE DICHO.

# TRASMIGRACION

## RELIGIOSAS.

... y en consecuencia, el autor de este libro se ha esforzado por presentar un cuadro de la vida religiosa en el Perú, tal como es en la actualidad, y no tal como era en el pasado.

El autor de este libro se ha esforzado por presentar un cuadro de la vida religiosa en el Perú, tal como es en la actualidad, y no tal como era en el pasado. El autor de este libro se ha esforzado por presentar un cuadro de la vida religiosa en el Perú, tal como es en la actualidad, y no tal como era en el pasado.

### RELIGIOSAS.

... y en consecuencia, el autor de este libro se ha esforzado por presentar un cuadro de la vida religiosa en el Perú, tal como es en la actualidad, y no tal como era en el pasado. El autor de este libro se ha esforzado por presentar un cuadro de la vida religiosa en el Perú, tal como es en la actualidad, y no tal como era en el pasado.

... y en consecuencia, el autor de este libro se ha esforzado por presentar un cuadro de la vida religiosa en el Perú, tal como es en la actualidad, y no tal como era en el pasado. El autor de este libro se ha esforzado por presentar un cuadro de la vida religiosa en el Perú, tal como es en la actualidad, y no tal como era en el pasado.



## TRASMIGRACIÓN

Cada año en la florescencia de nuestras lágrimas, cuando las campanas hieren con sus lastimeros dobles nuestros oídos, pidiéndonos por los que murieron una oración o un sufragio, se viste el alma de tristeza al recordar los seres que amamos, las almas por quienes nos sacrificamos, los corazones con quienes compartimos las alegrías y las penas, las flores y espinas de nuestra mísera existencia.

El día de difuntos es una fiesta de familia porque en ella todos, quien más quien menos, tenemos a quien ofrecer los sufragios y consagrar las lágrimas que humedecen nuestros ojos. No obstante, ¡cuan malamente interpretan muchos esta fiesta! ¡para cuantos el día de finados es un día de expansión y divertimento! Esclavos a cuanto les exige la moda profana y material, creen cumplir el sagrado deber de recordar y rogar por quienes deben el ser, la vida y las riquezas que tan ufanosamente gozan y tal vez tan escandalosamente dilapidan, visitando distraídos, el lugar sagrado donde se guardan sus cenizas, colgando de sus sepulturas vistosas coronas, símbolo de la vanidad e imagen de la frialdad más cruel, adornando con negras cintas recamadas de oro y alegóricas dedicatorias los panteones que altivos se levantan en el campo santo, o alfombrando de flores amarillentas y faltas de color y

aromas las losas sepulcrales y las calles de la ciudad de las lágrimas.

En días de más fé cuando el recuerdo de nuestros mayores era más verdadero y fiel, la fiesta de finados no era como hoy; era triste, solemne y expresiva. Se visitaban los cementerios y sus visitas lejos de profanar aquel lugar sagrado, lo santificaban; lejos de alterar con sus conversaciones su fúnebre soledad, le daban cierto tinte de amor y grandeza; sus rezos enternecían y las lágrimas que bañaban sus ojos realmente conmovían; y si a veces cabizbajos y llorosos pisaban aquella tierra bendita o recorrían apenados aquellas hileras de cruces, que cual mudos centinelas se levantaban acá y allá, el ruido de sus pasos hacía más lóbrega y triste la quietud de aquel paisaje.

No conocían la porcelana ni les preocupaban las flores y coronas, las cintas y epitafios, vestidos de negro para expresar así la pena que enlutaba su corazón, movidos por la piedad y empujados por el recuerdo de aquellos que aún amaban, emprendían apenados la carretera del Cementerio y allí... después de haber mojado con sus lágrimas la tierra que guardaba sus fríos despojos, rezaban por el eterno descanso de sus almas una infinidad de salterios, *requiems* y oraciones, explayando su alma y mitigando su pena a la sombra augusta de la Cruz, que cual valiente centinela, se levanta todavía hoy en medio del Cementerio, cobijando bajo sus divinos brazos a todos los que duermen allí el sueño de la muerte.

¡Qué distinta era para ellos la idea de la muerte! Qué grande y cuan sublime su recuerdo! En ella no veían más que un sueño apacible tras el cual habían de volver a la vida aquellos desnudos despojos, como pasado el invierno renace la dormida Naturaleza, al ser caldeada por los rayos de sol primaveral.

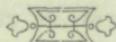
Para ellos y para cuantos tenemos todavía fé la muerte no es tan triste y horrorosa como se la figuran tantos cristianos, que por seguir las corrientes seductoras de una sociedad materializada, han arrancado de su corazón la fé no pensando, desgraciados, que con ella arrancaban también la esperanza y el amor. Buena prueba lo que nos dice el Sagrado Evangelio. Buscan a Jesús para que resucite a una jovencita muerta al amanecer de su vida, movido de amor va a la casa de aquel que desconsolado llora su muerte, y mirándola tierno capullo tronchado por el vendabal, lívida, fría, cadáver... «No lloréis, dice, no está muerta, duerme...»

Tampoco morimos nosotros los cristianos, a quienes no han podido ni jamás podrán las doctrinas corrompidas y corruptoras de una sociedad, hoy casi totalmente pagana, arrancar de nuestro corazón la creencia hermosa, la doctrina triunfadora de la resurrección universal que nos legaron nuestros padres. No, no morimos, tan solamente nos adormecemos un instante dentro los brazos fríos de la muerte para despertar a otra vida más grande, más divina y sublime. Por eso es que cuando la nieve corona nuestra cabeza y las arrugas desfiguran nuestra cara, y las fuerzas nos abandonan y la tierra nos llama; o cuando la enfermedad pone en inminente peligro nuestra vida, la Iglesia depositaria de las más hermosas y consoladoras esperanzas nos abre de par en par las puertas del Camposanto y a la sombra querida de la Cruz, señal perenne de nuestra redención, nos enseña el lugar donde hemos de ir a dormir el sueño de la vida, la tierra donde se han de agusanear nuestras carnes y el osario donde han de guardarse nuestras cenizas hasta que pasado por completo el recuerdo de quienes fuimos y del papel que en la tierra representamos, se reúnan otra vez aquellas y resucitemos para nunca más morir.

Tal y no otra fué la esperanza que más consolación dió al paciente Job en las tribulaciones de su vida; tal y no otra es la esperanza que más alegría y tranquilidad dá al cristiano en medio de sus amarguras... ¿Qué importa sufrir? ¿qué tiene que ver el llorar? ¿Qué se nos dá si por doquier vemos sembrado de espinas el misterioso camino de la vida? ¿Qué importa que el hálito de mezquinas pasiones y criminales injusticias opriman el corazón y arranquen lágrimas a los ojos? Gusanos somos en la tierra y propio es del gusano arrastrarse y sufrir.

Día vendrá en que no palparemos más que sombras, el corazón que antes galopaba andará poco a poco, se entenebrece la vista y palidece la cara hasta que apretándonos la muerte dentro sus brazos rígidos disipará con su beso glacial nuestra pobre existencia. Y mientras pasarán los días, las noches y las mañanas, y se sucederán los siglos y se hundirán las generaciones... los que creímos en Dios y observamos su ley divina, dormiremos cual inertes *crisálidas* a la sombra de la Cruz amada hasta que heridos por el hálito omnipotente de Dios creador, retornaremos *mariposas* y subiremos libres, y volaremos ligeros por la infinitud del espacio para hartarnos de vida y hermosura allá donde todo es justicia, bienestar, amor y luz.

Vigilia de Todos los Santos de 1908.



---

# NAVIDAD

Es noche oscura y tempestuosa. Gime lúgubre el viento, y a intervalos llueve o nieva.

No lejos de Belén se abre una cueva cuajada de musgo y telarañas, que exhala un fuerte olor de heno, y a causa del aire húmedo que la inunda y de las auras silvestres con que el viento la azota, parece que dentro de ella se respira cierta fragancia de bosque.

Ante ella se extiende una pradera más fina y sedosa que el terciopelo del manto de una reina, de un verde esmeralda ideal, y cerca yace silenciosa y dormida Belén la bella, con sus casitas blancas diseminadas y ocultas entre huertas y arboledas.

Extraños moradores la pueblan hoy; por la aureola que los circunda parecen profetas, por su aspecto reyes, por sus virtudes santos. El uno que no es joven ni viejo, muestra las manos encallecidas por el trabajo y encorvados los hombros por los sufrimientos. La otra, muy joven todavía, irradia bondad y santa resignación.

De rodillas en lo más hondo de la gruta, elevada al cielo su hermosa mirada y mentando salmos y profecías, hállase la Virgen Nazarena, transfigurada y sumida en extática y divina contemplación. No oye como gime el viento ni como cae el agua, ni hasta percibe el mugido de las bestias que tiene cerca. Su oración es intensa, su súplica divina.

A media noche todo cambia, todo está inmóvil y en calma. Ni dentro ni fuera de la cueva se oye nada, tan solamente se percibe a ratos el ténue rumor de la nieve al desprenderse en copos de las ramas de los árboles. El viento ha barrido las nubes, dejando en descubierto el cielo, por donde camina majestuosa y espléndida la luna fulgurando rayos de plateada luz.

Se entreabre el firmamento y miriadas de ángeles circuidos de místicos resplandores bajan a la gruta cantando: «Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad». El eco de su canto que resuena en la cueva y los fulgores de luz que la inundan, despiertan a la Virgen de Nazaret de su arrobamiento, y al bajar humilde sus ojos ve tendido al suelo, rodeado de celestiales resplandores, a un niño recién nacido que tendiéndola sus manecitas todo temblorosas gime y llora... Y la Virgen se postra y abraza al niño, como a su hijo y le adora como a su Dios.

Y mientras los copos de nieve brillan como lágrimas de plata suspendidos en las hojas sombrías de los tejos y olivos, y vuelve a ponerse denso y gris el cielo, y gime agudo por entre las ramas de los solitarios arbustos el cierzo, y titila en el Oriente la aurora; regresan gozosos a sus hafos los pastores anunciando a los hombres: «Que ha caído del cielo el rocío y las nubes han llovido al Justo; que se ha abierto la tierra y ha germinado al Salvador.»

Diciembre 1914.





## CORPUS

¡Qué día el día del Corpus! ¡Qué festividad la festividad del Sacramento! ¡Qué misterio el misterio eucarístico! Yo no sé que tiene esta fiesta que sin querer atrae, conmueve, dignifica. ¡Ah! es que la fiesta del Corpus, es la manifestación espontánea del agradecimiento de la Humanidad redimida a Dios su redentor, por la prueba grande, inmensa, infinita de su amor.

La Eucaristía; he ahí el compendio, la suma, el desborde de los afectos del Corazón sacratísimo de Jesús, hacia la humanidad pobre, degradada, envilecida, pecadora.

Por eso cuando se acerca este día, único en el calendario cristiano, y veo como se engalanan las ciudades de nuestra España y se alfombran de mirto y flores sus calles, y se sacan a relucir los más ricos y valiosos tapices; y oigo el repique continuo de las campanas, cuyos alegres sonos se mezclan con el estruendo de nuestros cañones y mortaretes, y los acordes de la marcha real que se confunden con el murmullo alegre y regocijado de todo un pueblo, que lleno de fé se agita para ver desfilar la solemne procesión del Corpus...

Cuando lleno de entusiasmo veo pasar una de estas procesiones y diviso en trono de oro y pedrería y entre nubes de incienso la sagrada Hostia bajo rico palio, entre oleadas de olorosas y bellísimas flores que caen a su paso y que al herirlas un poco de brisa, parecen copos de blan-

ca y menuda nieve que se arremolina; cuando oigo los majestuosos cantos de los himnos sagrados que solemnemente entonan los sacerdotes revestidos con los más ricos ornamentos, y contemplo como a su paso se rinden las armas, se abaten las banderas, se doblan las rodillas y se humillan las frentes, entreoyéndose los latidos de miles de corazones en quienes arde la fé, el amor y entusiasmo por la divina Eucaristía; no puedo menos de exclamar enternecida el alma y lleno de gozo el corazón: «*hec est dies quam fecit Dominus;*» y bajando mi frente y doblando reverente mis rodillas, entono con todas la efusión de mi alma creyente el himno de amor del Apostol del Sacramento:

«Te adoro bajo estas especies do te escondes oh divinidad oculta; y porque al contemplarte desfallece mi corazón, te lo rindo totalmente.»

La Eucaristía, he ahí la suma del amor inmenso de Dios. Anonadarse el Hijo del Eterno hasta asumir la naturaleza humana para redimir a la humanidad pecadora; nacer pobre, abandonado y entre bestias en un establo el que es el creador de todo; pasar treinta y tres años oculto, desconocido y obediente a sus padres el que mira la tierra y la hace estremecer, toca las montañas y las hace humear; sufrir, el que es omnipotente y eterno, desaires, humillaciones, desprecios y hasta la muerte misma de parte de los que viene a redimir; pruebas son inequívocas y grandes del amor inmenso e infinito de Dios. Mas humillarse hasta el extremo de asumir, convirtiéndola en su propia substancia, no una naturaleza humana sino una substancia tan pobre y tan humilde como la del pan, y permanecer en ella velado no treinta años sino todos los días hasta la consumación de los siglos, recibiendo en ella y por ella desprecios, insultos, abandono e injurias de los mismos en cuyo favor se anonada; es el colmo de su hu-

millación, la meta de su amor inmenso, la suma en fin de sus beneficios.

Un día, el otro despues de haber hecho el portentoso milagro de la multiplicación de los panes, verdadera figura de la multiplicación del pan eucarístico, rodeado de sus discipulos y de una turba inmensa dijo estas palabras: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si alguno come de este pan vivirá eternamente. El pan que yo os daré es mi carne que debo dar para la vida del mundo.» (S. Juan capítulo VI. vs. 51 y 52.) «En verdad en verdad os digo que si no comeis la carne del Hijo del Hombre y no bebeis su sangre no tendréis vida en vosotros. Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.» (S. Juan capítulo XI. vs. 54 y 56.)

De pronto no le comprenden y no hacen caso de lo que les dice, pero cuando penetrados de aquellas palabras estan completamente convencidos de su verdad, creyéndolo imposible, le abandonan exclamando aterrorizados: «duro es esto.» No importa; el Verbo ha prometido la Eucaristía, y el Verbo es Dios y Dios es la Verdad, no dejará de cumplir su promesa.

Otro día, aquel en que ha de pasar de este mundo al Padre, se halla rodeado de sus discipulos; estos le miran transfigurado tomar en sus divinas manos el pan y el vino y oyen claramente que les dice: «esto es mi cuerpo, esto es mi sangre» y recordándose de la promesa del Desierto comen estáticos y reverentes por vez primera la carne del Hijo del Hombre y beben su santísima y divinísima sangre.

Pasarán los siglos y se sucederán unas trás otras las humanas generaciones y este pan consagrado por primera vez por Cristo en el Cenáculo, lo consagrarán los Apóstoles y sus sucesores hasta el fin del mundo; y el Dios de la Eucaristía será el pan que dará la vida a las almas,

porque el hombre no vive sólo de pan sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, y la palabra que sale de la boca de Dios es el Verbo que es Dios, que se hizo carne y luego pan para dar al hombre la vida y una vida abundante.

Ante tales y tan claras pruebas, ¿qué tiene que objetar la impiedad? Por más que la Eucaristía sea un misterio de fé, recordemos que lo que no puede hacer el hombre lo puede Dios, y que es más fácil si cabe convertir en otra una substancia ya creada, que de la nada crear el mundo. Un acto de la divina voluntad bastó para crear esos mundos que ruedan perdidos por el espacio, otro para que el Verbo asumiera la naturaleza humana; ¿porqué admirarnos pues si por un acto de su voluntad quiere asumir constantemente la substancia del pan en el divino y amoroso sacramento de la Eucaristía?

Adoremos por tanto la divina Eucaristía, pues que sin ella, ha dicho un alma hermosa, la vida es angustia, terror, desesperación, y con ella es seguridad esperanza y paz. Amemos y comamos con frecuencia de este pan porque la vida sin la Eucaristía es incertidumbre que aterra, temor que desgarrar, porvenir que espanta; y con ella es tranquilidad que serena, alegría que fortifica, paraíso que se entreabre. Gustemos por tanto y probemos cuan suave es el Señor. (S. Ambros. de Virg. libr. 2.)

S. Andrés 1907.





## HORA SUPREMA

Es la noche del Jueves santo. No lejos de Jerusalén, pasado el Cedrón, algo a la derecha hay un huerto llamado Getsemaní, al fondo del cual se halla un bosque repleto de gruesos olivos en donde a esta hora suprema, reina una quietud misteriosa, solemne, sublime.

La noche es de luna si bien grandes y negros nubarrones la ocultan a menudo por largo rato; es triste y quieta, nada se oye a no ser el susurrar de la brisa entre el tupido follaje y el sordo murmullo del río Cedrón oculto en las asperezas de su cauce.

Por entre los gruesos troncos de los olivos se desliza silenciosa la esbelta figura del Nazareno que desea hallar en la oración humilde, la calma que necesita su apenado y dolorido corazón.

En lo más apartado del bosque, como si no pudiera aguantar por más tiempo la soledad que con toda su amargura se siente a esta hora, ni la pena que le abrumba, cae sobre una alfombra de verde hierba matizada toda de florecillas silvestres de mil colores, y permanece anegado largo tiempo en un éxtasis de suave dolor. Gime y ora.

Hállase solo en esta su hora suprema. Acaba de rehusar la compañía de aquellos sus más caros amigos que hasta el Huerto le han acompañado. Parece que desea la soledad y la busca afanoso, que necesita la quietud y rehuye todo cuanto pueda perturbarla.

A su alrededor todo se adormece bajo un cielo sin estrellas en una quietud misteriosa que el viento del desierto llena de gemidos, la que interrumpe a veces alguna ave nocturna que sale silbando de entre los copudos olivos.

De rodillas en el húmedo suelo, reclinado sobre un retorcido tronco de secular olivo, inclinada su cabeza como la copa de un cedro herida por un rayo y cayéndole en sedosos bucles sobre sus espaldas, sus largos cabellos; inmóvil, perdida su imaginación en otros mundos y bañadas sus sienes de sudores glaciales como de agonía, permanece largo tiempo en extática y sublime oración.

Debe de ser intensa, pues cuando por entre las rasgadas nubes penetra tembloroso algún rayo de luna que filtrándose por entre el obscuro ramaje hiere su divina faz envolviéndola en una suavidad vagorosa, se le vé todo transfigurado por la pena y el dolor.

Gime el viento, susurra el Cedrón y entre ambos sonidos melancólicos se percibe clara la voz de su alma entristecida que clama a su Padre: «Si es posible pase de mi este caliz.» Mas el cielo se cierra y no oye sus lamentos. El Nazareno se siente abandonado de su Padre; y aunque en la violencia de la agonía se le vé orar con más ahinco, no encuentran eco en la eterna Justicia sus ardorosos deseos.

Llega hasta el paroxismo del más grande desconsuelo: y bajo el peso de todos los tormentos imaginables, no teniendo ya fuerzas para aguantar tanta desolación ni tan amarga pena, cae... y caído gime y se extremece de temor. Un sudor frío corre por todo su cuerpo que moja sus vestidos y el suelo; sus artérias se hinchan y rebientan en sangre, y queda abatido, tirado al suelo, casi exánime sin vida ni movimiento...

Es su hora suprema aquella en que por vez primera, siendo Dios, se siente abandonado de su Padre...

Abril 1911.



## ¡CRUCIFIXUS!

Es un viernes del mes de Marzo. Camina hacia el Mediodía el sol enviando sus rayos ardorosos a la Naturaleza que por todas partes exhala exuberancia, vegetación y vida. Sobre la montaña de las Calaveras óyense gritos lejanos, son los del pueblo deicida que sediento de sangre va a consumir el más horrible de los crímenes.

De la puerta del Huerto se ve muy bien su largo y ruidoso acompañamiento. Va delante una multitud de chicos callejeros, harapientos y alegres, de cara sucia y mirada atrevida que si a veces se vuelven es para burlarse y apedrear a las pobres víctimas. Sigue alborotando, una turba de hombres y mujeres mal vestidos que se empujan, apresuran y golpean.

Detrás vienen hablando bajo y sonrientes, los nobles romanos cuyos blancos vestidos relucen, heridos por el sol, sobre el verde oscuro de los olivos, deseosos al parecer, de gozar un rato contemplando a las víctimas en su lucha con los estedores de su cruel y larga agonía. Con estos se mezclan los del Sanedrín capitaneados por Hanahá, viejo de cara pálida y ojos sanguinolentos, a quienes siguen Caifás y los escribas y fariseos vestidos con indumentarias satinadas, salpicadas de oro y signos escripturarios cuyo paso tardo y fría seriedad desdice bastante de la multitud bulliciosa que les precede. Sus ojos brillan por la alegría de la maldad satisfecha.

No lejos sigue la patrulla de los soldados romanos pregonando a toque de trompeta la sentencia. El sol que oblicuamente les hiere hace relucir sus vestidos azules y encarnados, y brillar sus lanzas, armaduras y corazas de plata cincelada. Con ellos vienen también los soldados y guardas del Templo quienes conducen casi arrastrando y atadas con sogas y cadenas a las pobres víctimas encorvadas bajo su larga y pesada cruz.

Sobresale divinamente magestuosa, la bella figura del Nazareno; su actitud es gallarda y esbelta como la de las palmeras; camina poco a poco pero tranquilo y sereno; viste manto de púrpura, trae coronada la cabeza con una corona de espinas que le taladran sus sienes, y por sus mejillas cae sangre y sudor. Por más que está pálido, abatido y físicamente ojeroso, su cara irradia bondad y dicha, pareciendo transportado a regiones más serenas. Un aire suave besa su larga y dorada cabellera y de sus divinos ojos salen miradas de misericordia y perdón; y hasta el sol que en estos momentos dora la montaña y el valle, dá a su divina cara unos tintes rosados la que parece transfigurada por el mismo sufrimiento.

Cerca de El caminan doloridas, algunas damas nobles de Israel, llevando pequeñas ánforas de vino mirrado.

A duras penas llegan por fin a la cima de la montaña en el momento en que el sol toca el Mediodía. A su llegada, una gritería delirante, frenética de mueras y blasfemias mezcladas con vivas al César y pueblo romano ensordecen el espacio y sus ecos estridentes retumban en la misma Ciudad. Empieza el suplicio...

Con una ligereza y crueldad inconcebibles arrancan a Jesús sus vestidos manchados de polvo, sudor y sangre y lo dejan completamente desnudo ante las atrevidas miradas de todo aquel populacho que altivo mira y haciendo escarnio, contempla sus ensangrentados miembros.

Con sublime resignación se tiende en la cruz. Los martillazos resuenan en los corazones que aman, al ser clavadas sus manos y piés. Un silencio sepulcral sigue a este momento solemne; sea que las turbas quieran gozar oyendo gemir al Nazareno, sea que los martillazos recuerden pasados beneficios, sea por un acto natural de humanidad para con las víctimas que crucifican, lo cierto es que durante la crucifixión nada se oye en el Calvario; tan sólo se perciben los martillazos que se pierden en el espacio, como el ruido que hacen las olas del mar alborotado al romperse y salpicarse de espuma allá en la lejana costa.

Otra gritería más frenética si cabe y delirante, resuena larga y estridente en el momento en que se vé enarbolar el cuerpo del Crucificado y se reparten los soldados romanos los despojos de las víctimas. El cielo que hasta entonces ha contemplado sereno la más cruel de las humanas escenas, empieza, a obscurecerse; gruesas y negras nubes suben del mar sobre la Montaña y cubren de luto el Calvario. Un viento huracanado y frío agita las nubes tempestuosas y tan pronto las repliega como las extiende sobre el amaratado espacio. Un espantoso nubarrón se recoge sobre la Montaña percibiéndose uno que otro trueno profundo y lejano que simula el bramido de las olas del mar en día de tempestad. El sol se obscurece por completo despidiendo una luz como de color de sangre, y de entre los repliegues de las nubes fulguran rayos siniestros que parecen amenazar la Ciudad y el Calvario.

A su luz tétrica se destacan dentro la negrura de aquel cuadro, pendiente entre dos ladrones: el Crucificado, de un color de rosa como el que dan a la nieve de la montaña los primeros rayos matinales; la Virgen dolorosa, que parece la personificación del dolor más acerbo que sufriera el corazón humano; las Marías, llorosas y afligidas y Juan, el discípulo amado...

Güimar 1908.



---

## ¡MORTUUS...!

Tres horas de afrentas, de provocaciones y de muerte lenta dura la inhumana tragedia del Calvario. Sobre su colina hormigean miles de rostros, alegres unos, apenados y tristes los otros. Entre estos se vé a la Virgen de pie y junto a la cruz toda llorosa, sus labios no pronuncian palabra alguna, mas su corazón desfallece de dolor: a intervalos eleva al cielo que siempre halla nublado, su hermosa mirada llena de dolorosa resignación y al bajarla no pueden sus ojos contener las lágrimas. No muy lejos se vé a Juan el discípulo amado que en su actitud dolorida parece la estatua muda de la tristeza. Tirada a los piés de la cruz se reconoce a la amante Magdalena que pálida con la misma palidez de la muerte parece la imagen misma del dolor. Diseminados y en pequeños grupos se hallan algunos hombres y mujeres de alma generosa que con su callada actitud, protestan del deicidio que se está consumando.

Entre los alegres, no pocos muestran el rostro encendido y sus grandes ojos negros brillan con expresión de vivo placer; son los fariseos que no saben disimular el gozo de su maldad satistecha. Aquellos que permanecen casi abstraídos, son los saduceos que atemorizados por lo que han oído y por lo que ven, parece no atienden más que a las voces de su conciencia. Discurre por la montaña formando grupos, una infinidad de mujeres mal vestidas

cuyo aspecto es sombrío y espantoso, que hébrias de locura, hablan fuerte, gritan y rien ferozmente. Rodando por el suelo juguetean una multitud de niños semi-desnudos, de cuerpo bronceado, cuyos ojos y negros cabellos atestiguan su sangre israelita; son los que durante el camino hánse hartado de apedrear a las pobres víctimas.

Sobre aquel mar agitado de humanas figuras, descuelan por la elegancia y blancura de sus vestidos y por su gran indiferencia en presenciar la escena, los nobles romanos; y por su aire orgulloso y ricas túnicas sacerdotales, Hanahá, Caifás y todos los del Sanedrín. Por encima de todos, dentro el fondo gris sanguíneo del cielo, se levantan las cruces de los ajusticiados.

En la de en medio sobresale magestuosa la figura del Nazareno, encorvado, paciente, silencioso; su rostro es realmente sublime. Levantada su cabeza y hechada algo atrás, herida por la luz que despiden los rayos que intensamente se suceden, parece iluminada por los fulgores del éxtasis; en sus ojos brillan el amor y el perdón; es divinamente bello.

De los labios de aquellos miles de bocas llega hasta El, cual inmensa ola que se rompe espumosa en temible escollo, un murmullo ensordecedor, mezcla de gritos, ahullidos, maldiciones y blasfemias. La Víctima se inmuta y cual águila que ante los desastres del temporal no cesa de gemir, levanta sus ojos y su voz, y de sus amoratados y secos labios se le escapa una frase sublime que a todos aterra: «Para éstos, Padre, perdón, perdón...»

La obscuridad crece por momentos; se eclipsa por completo el sol, y las montañas y collados se esfuman en la sombra. La Ciudad se pierde también dentro un fondo negro de densa bruma. Desde que reina esta obscuridad en la Montaña no se oyen tantas imprecaciones y blasfemias; silenciosos desfilan por delante del Nazareno y temerosos no se atreven a fijar ya en El su mirada que revela

disgusto, impaciencia y cólera; tan solo miran la víctima cuando se le escapa algún suspiro o cuando en el paroxismo del dolor mueve su coronada cabeza.

Por momentos su respiración se torna fatigosa hasta el punto de ser estertores sus suspiros. Por breves instantes el viento que mugía lúgubrementemente, cesa; añadiéndose a la obscuridad un ambiente caldeado y sofocante. A través de las tinieblas y por encima de la cabeza de los más cercanos pasa un grito de dolor del moribundo. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» y poco después una palabra de triunfo: «Todo está consumado».

De cuando en cuando contrae sus labios sedientos y secos, revuelve y entorna mansa y humildemente sus ojos que ya han perdido el brillo que los animara, y un tinte azulado y cadavérico entona su cara bañada toda de sudor y sangre. Su cuerpo hermosísimo y blanco como el ampo de la nieve, se contrae todo en contorsiones violentas por causa de la asfixia al unísono del estertor de la agonía que sufre, y en su rostro casi yerto vese grabada una perenne sonrisa de celestial dulzura.

Son las tres... hora señalada en los decretos eternos para la consumación del más grande de los sacrificios. De pronto se ve venir y posarse sobre el Calvario rugiendo horrorosa, una ola inmensa de nubes trélicas, alta como una montaña y negra como la noche. De su seno estallan sin cesar una infinidad de amenazadores rayos que al explotar hacen retumbar la Ciudad y la Montaña. Desgarran los aires los incesantes gemidos de un viento huracanado, y furiosas ráfagas arrastran, arremolinan y levantan inmensas nubes de polvo.

Un estremecimiento recorre en este instante los martirizados miembros del Nazareno, lanza un grito aterrador, reclina sobre el hombro su sanguinolenta cabeza, y cerrando los ojos muere...

Empieza a temblar la tierra, se abren los sepulcros, se quiebran las peñas, y a la luz opaca y muerta del sol se ve como se bambolean las cruces por causa de las secas sacudidas del terremoto, y chocan una con otra las piedras, vacilan los troncos de los olivos, y huyen espantados atropellándose y cayendo aquellos miles de fantasmas, y se tiñen de lodo los vestidos de púrpura de los fariseos orgullosos y de los romanos indiferentes, y se confunden en desordenado tropel hombres, mujeres, niños y ancianos dando con voz ronca y agitada gritos estertóreos mezclados con ayes de dolor y quejidos de amargura al ver como a sus mismos pies se resquebraja la tierra. Es que se cumplen los divinos vaticinios y al cumplirse, empieza a caer sobre sus frentes deícidas la sangre del Justo que aun muerto irradiaba esperanza y perdón.

Abril 1909.





## ¡SEPULTUS...!

Es casi de noche. Sobre la montaña de las Calaveras reina una calma apacible. A modo de perlas empiezan a brillar en el horizonte millares de estrellas temblorosas, como si las iniquidades que sobre la Montaña acaban de consumarse, más que los últimos fríos, las hicieran todavía firitar.

Por el Calvario no se ven ya transitar agitados, a los alborotadores e hipócritas fariseos ostentando la alegría de la maldad satisfecha, ni a los meditabundos y cobardes saduceos, ni aquella hez del populacho tan ébria de locura que con los niños y ancianos israaelitas tanto gritaban y blasfemaban, ni a los soldados del templo, ni a los nobles romanos, ni a los tan ataviados sacerdotes Anahá y Cai-fás. El fuerte huracan que ha estremecido los mismos cimientos del Calvario haciendo chocar una con otra sus calcáreas rocas y tambolear las cruces donde exhalaran su espíritu los ajusticiados, los ha hecho huir también espantados dejando la Montaña y en ella al divino Nazareno clavado en la cruz.

A sus pies la Virgen se lamenta como los antiguos Profetas bajo los sauces del Eufrates y gime como gime el cierzo bajo los pórticos de una iglesia en ruínas, mientras que aquella populosa ciudad, Jerusalem la deícida duerme bañada por la misteriosa claridad de la luna que cual hostia sacrosanta se levanta esplendorosa, haciendo irradiar su luz pálida en los lagos y en el mar.

Contemplemos en el silencio de esta noche solemne, la escena conmovedora que se desarrolla en esta hora suprema.

Así como delante de un paisaje o de una ruína evocamos las sombras augustas que los realzan y recogemos las ideas vivas que de su fecundo seno destilan; la madre del divino Nazareno al tener dentro sus brazos, hierto cadáver, a su difunto hijo que acaban de entregarle José de Arimatea y Nicodemus, menta todo cuanto ha presenciado durante este día de tantos sufrimientos y angustias. Ahora lo ve todo iluminado por la penetrante luz de los recuerdos, así como se doran los bordes de las nubes heridas por los rayos del sol al pasar arrebatadas por el viento; y abismada de amargura comienza a desahogar su dolor con palabras entrecortadas por el llanto hasta que, dándose cuenta de su divina misión cae en esta paz suprema que suele suceder al abandono del pensamiento. Es que hay emociones que solo en silencio pueden expresarse.

Resignada, pero llorosa, abandona aquella montaña que acaba de consagrar con su sangre el divino Jesús y de santificar ella misma con sus dolores; y apoyada en Juan, el discípulo amado del hijo, y el hijo amado de la Madre, sigue Calvario abajo el acompañamiento funeral entre lágrimas y suspiros, cantos de amor y profetas de ternura envolviendo a todos, con su dulce y suave voz, en la admiración de un mismo sentimiento.

Cruzan un sendero que atraviesa un bosquecillo de tiernos sauces y mimosas silvestres que conduce al río Cedrón; al pasar, sus aguas heridas por los rayos de la luna llena y espléndida, parecen de un blanco azul brillante. Llegan al huerto de José de Arimatea, y entonces las nobles matronas romanas a quienes no les fué dado mitigar la sed de su Maestro en el Gólgota, María Magda-

lena la penitente, y las otras Marías, ungen con aromas y aloe el cuerpo sacrosanto del Difunto.

La luna alfa y blanca sobre aquel cielo ahora completamente despejado que ilumina con su plateada luz aquel paisaje, descubre sobre la toca de crespón negro que cubre la cabeza de la Virgen, su rostro divinamente bello, apenado y lagrimoso; y al bajar sin ruido, como baja una pluma o el copo de nieve, el cuerpo del divino Nazareno en el sepulcro, sollozos convulsivos ahogan su voz; se tapa la cara con las manos y por entre sus dedos se desprenden rodando por sus vestidos, gruesas y relucientes lágrimas en el instante mismo en que los guardas del Templo, indiferentes a tanta pena, sellan por temor el nuevo sepulcro.

Dolores de la Virgen, 1912.

FIN





# ÍNDICE

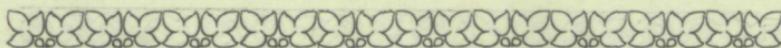
Páginas

## LÍRICAS.

Introducción . . . . .	5
Un recuerdo . . . . .	9
De la tierra . . . . .	11
Sin lágrimas . . . . .	15
Un viático . . . . .	19
Hermosa tarde . . . . .	21
Mari, la hija de Piarrés . . . . .	25
Un sacrificio . . . . .	29
Flor tronchada . . . . .	35
Una primera comunión . . . . .	39
Una boda . . . . .	43
Himno a tres árboles. . . . .	47
A la Inmaculada . . . . .	49
Una enferma . . . . .	51
El Oro . . . . .	53
Brindis . . . . .	59

## RELIGIOSAS.

Trasmigración . . . . .	63
Navidad . . . . .	67
Corpus . . . . .	69
Hora suprema . . . . .	73
¡Crucifixus! . . . . .	75
¡Mortuus...! . . . . .	79
¡Sepultus...! . . . . .	83



INDICE

## FÉ DE ERRATAS

Pág.	Lin.	DICE	LÉASE
12	32	un recido	un ruido
13	3	bacia	hacia
30	28	tornada	tornaba
51	3	marto	manto



